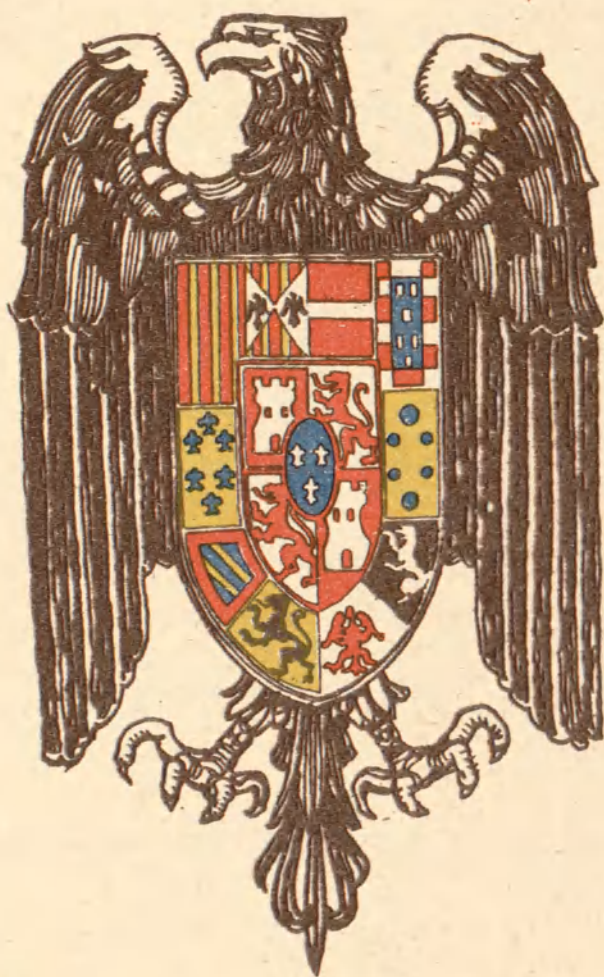


VOLUNTAD



• NUMERO • XI •

MADRID • 15 DE ABRIL • DE • 1920

• DIRECCION •
COLMELA Nº 8

PRECIO E NUMº
DOS PESETAS



SUMARIO

Cubierta: «Primavera». Crónica de VOLUNTAD. Paisaje por *J. Larregla*. Fotografías de actualidad, por *Vidal*.

El Abuelo de Europa: Crónica retrospectiva, por *Monte-Cristo*. Ilustrada con antiguas e históricas fotografías de *Hansen & Weller*.

América y el americanismo: Disertación, por *W. Fernández Flórez*. Dibujo de *Moya del Pino*.

Portada: Retrato de la Duquesa de Montellano, por *Goya*. (Galería del Palacio de Cervellón). Reproducción en tricromía.

Una Laguna del ideario femenino: Por *Ramón Ruiz Amado* (S. J.).

Cuentos sabidos: «El Prudente limosnero». Por *Enrique Menéndez y Pelayo*. Dibujo de *Echea*.

Acerca del libro inmortal: Por *J. Ortega Munilla*. Dibujos de *Moya del Pino*.

Mansiones Españolas: El Palacio de Cervellón. Información, por *José María Sanz y Aldaz*. Ilustrada con fotografías de las estancias y reproducciones en color de las más bellas obras de arte que atesora la residencia de los Marqueses de la Mina.

La Cumbre Mística: Ensayos de psicología española, por *Ricardo León*. Ilustraciones de *Moya del Pino*.

Galerna: Poesía, por *Gonzalo Cantó*. Dibujos de *Ochoa*.

Indumentaria española: El traje de los niños, por *Juan Comba*. Estudio histórico, documentado con interesantes gráficos.

Comediantas del siglo de Oro: La Amarilis. Recuerdos de antaño, por *Narciso Díaz de Escobar*. Dibujo de *Vera*.

Sampedro y Sanjuán: Entremés en prosa. Original de *Pedro Muñoz Seca*. Dibujos de *López Rubio*.

Crónica Musical: Los Conciertos Sacros. Por *Rogelio Villar*.

La Novela de un Novelista: Por *Armando Palacio Valdés*. Ilustraciones de *Juan José*.

AÑO II **VOLUNTAD** NÚM. II

MADRID, 15 DE ABRIL DE 1920



PRIMAVERA

Después de las tristes noches invernales, de los nubosos crepúsculos vespertinos y de los crueles días en que no se ha visto el sol, la tierra florece y se engalana. Ejemplo admira-

ble de cómo el sufrimiento trueca los dolores en alegrías. Sin la angustia sufrida con resignación, no tendríamos derecho ni a un minuto de venturas. Y así en lo material como en



A la puerta del Regio Alcázar.—Las Duquesas de Parcent, de Sotomayor, de la Unión de Cuba, y de Durcal; la Duquesa Viuda de Sotomayor; la Marquesa de la Romana; los Duques de la Unión de Cuba, de Parcent y de Durcal; el Coronel de Alabarderos señor Meielo, al salir de la fiesta religiosa celebrada en la Capilla de Palacio, el lunes de Pascua

lo moral, en las plantas como en las conciencias, en los seres irracionales, como en el rey de la creación.

Florece ya junto a la charca el albo lirio. Nadie le plantó, ningún sabio jardinero cuidó de que creciese. El se hizo sólo. El elevado tallo que se columpia al impulso del céfiro, fué un día coronado por la flor blanquísima, en cuyo seno tiemblan los martillitos de oro. El lirio es la inocencia que renace, el amor puro que reaparece, una caricia para la vista y para el olfato de los hombres... Si fuera posible comparar lo inmaterial con lo material, diríamos que el lirio es la oración de la Salve, la que los afligidos dedicamos a la Madre de Jesús.

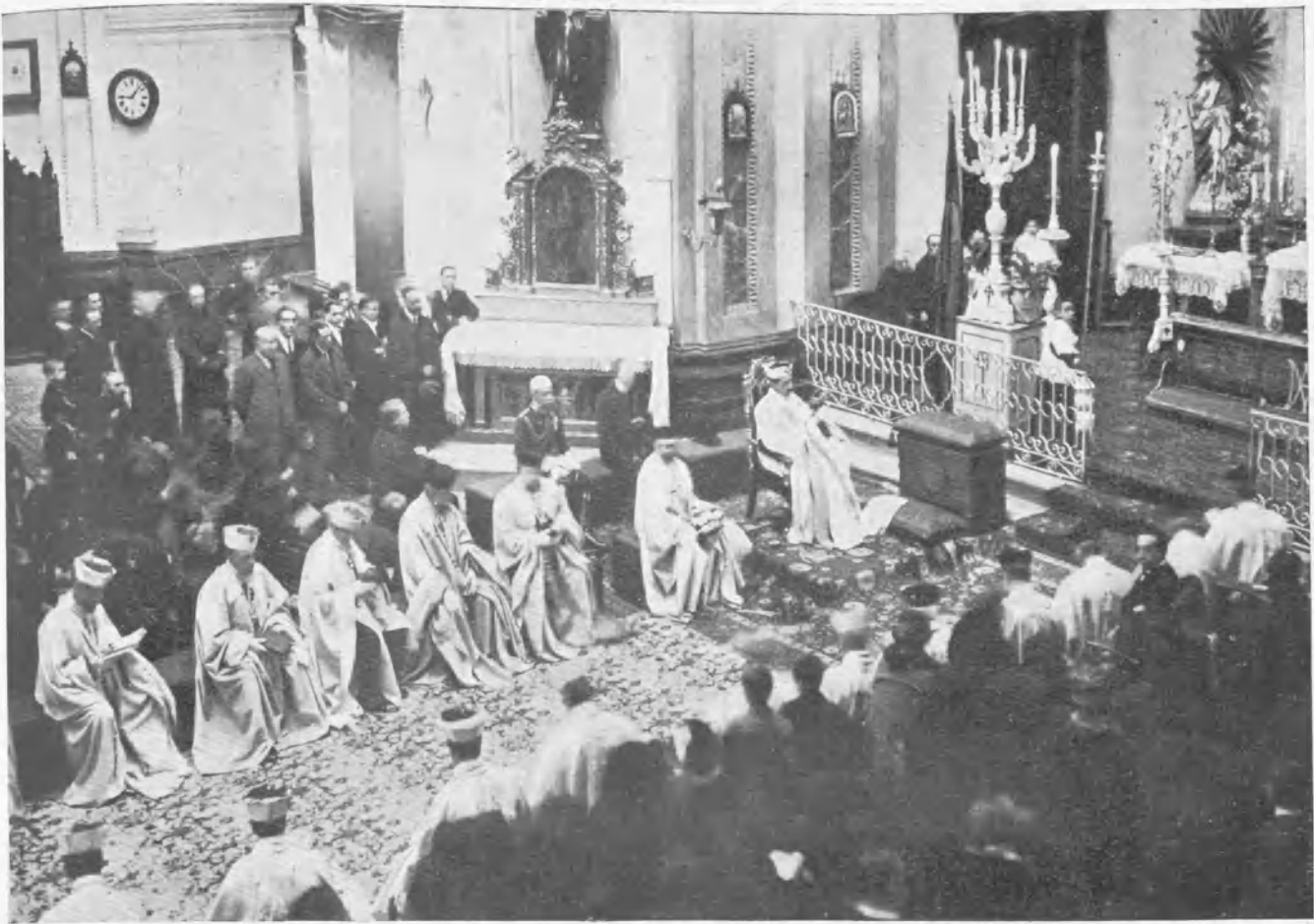
Toda la primavera se resume y sintetiza en esa flor. No creáis que es la rosa opulenta de miles de hojas, ni



el clavel, altivo, cuyo aroma picante despierta impulsos de codicia terrena, ni el jazmín, que enerva y hace caer en el desfallecimiento y en el ensueño amoroso, la expresión floreal del renacimiento de la tierra. Sólo el lirio, el lirio blanco, el immaculado, el que, constituyendo la suprema belleza, es también la humildad suprema, contiene en sí el poderío de la vida en los jardines y en los bosques.

Una fábula india dice que el lirio blanco es respetado por todos los animales. Ni las mariposas acuden a posarse en el pétalo, ni las abejas van a buscar allí las dulzuras de la miel. Y otro poeta, este cristiano, cristianísimo, ha llamado al lirio, el centro de la pureza.

Y otra leyenda refiere que cierto tirano osmanlí, enamorado de la belleza del lirio, quiso que la pomposa tumba que se había



S. M. el Rey presidiendo el Capítulo de la Orden de Santiago durante la solemnidad religiosa celebrada el día de Pascua en la iglesia de las Comendadoras de Santiago

preparado estuviere rodeada de millones de esas plantas. Varios hábiles jardineros prepararon las semillas y cuidaron de su desarrollo. Cuando el cruel tirano falleció, en torno del sarcófago había un bosque de las flores blancas, bellísimas... Pero apenas el cuerpo del Gran Señor fué depositado en la tierra, los lirios empezaron a morir, siendo inútiles todos los esfuerzos del floricultor para impedirlo... Es que el lirio protestaba de los crímenes del malvado dominante, y no aceptaba la obligación de honrarle con sus perfumes

La primavera es la esperanza de perdón para los que han pecado.

Es el regocijo universal, y la certeza del triunfo de los buenos.

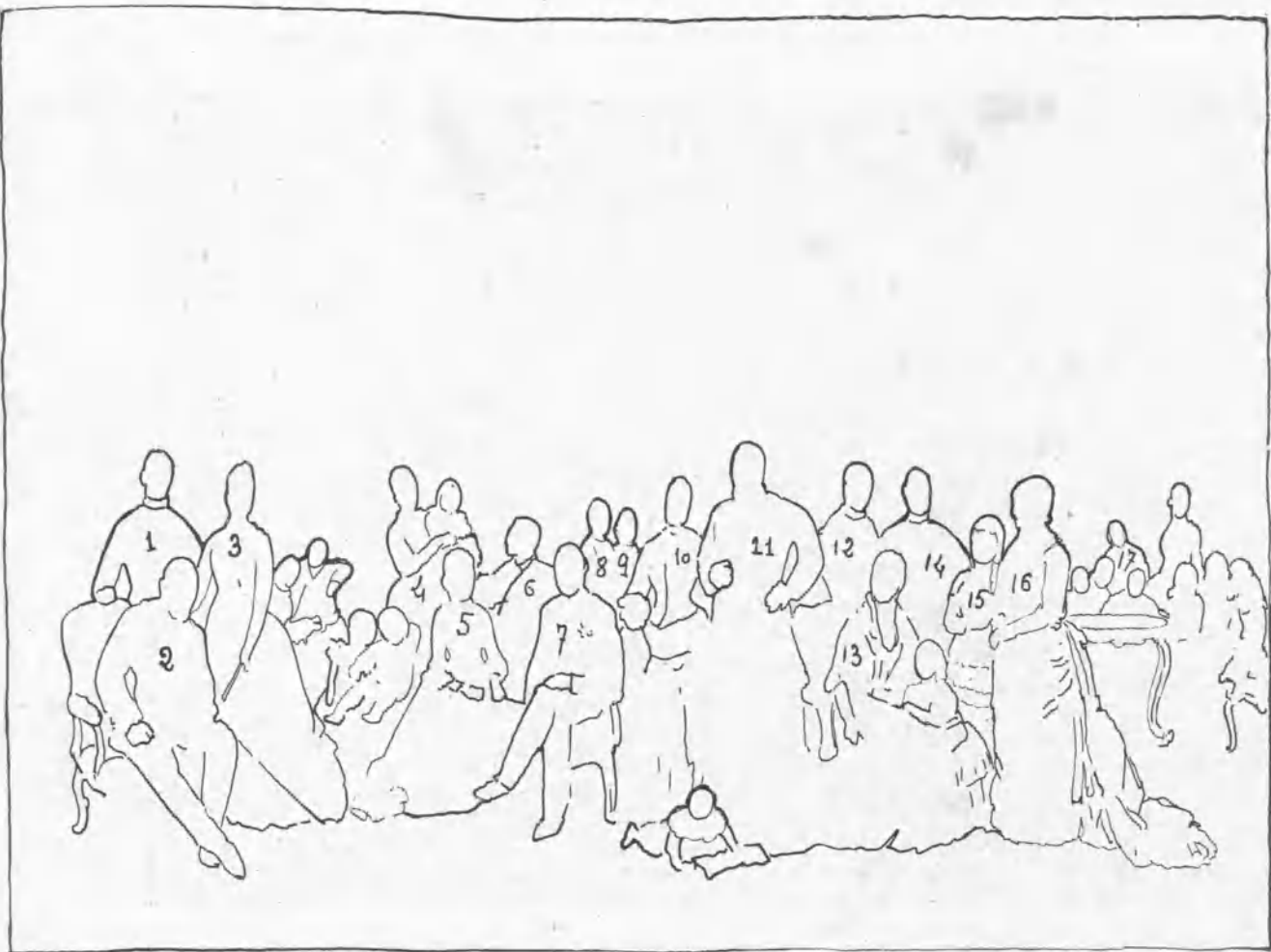
San Francisco de Asís decía a sus hermanos de religión:

—Así que llega Mayo, nuestras oraciones valen menos que antes, porque se nos anticipan con actos de gracias a Dios, las flores que perfuman, los pájaros que cantan, los suaves viente-tillos que olean...!



Monsieur de Saint Aulaire, (x) nuevo embajador de Francia, a su llegada a Madrid, rodeado por numerosas personalidades de la colonia francesa. (Fots. Vidal)





De izquierda a derecha: 1, Duque de Clarence; 2, Príncipe de Gales (Eduardo VII, Rey de Inglaterra); 3, Princesa de Gales (Reina Alejandra); 4, Duquesa de Cumberland (Princesa Thyra de Dinamarca); 5, Reina Luisa de Dinamarca; 6, Príncipe Valdemar de Dinamarca; 7, Rey Christian de Dinamarca; 9, Príncipe Carlos de Dinamarca (Rey Haakon VII de Noruega); 9, Czarwisch Nicolás; 10, Emperatriz María Feodorovna de Rusia;

CRÓNICAS

RETROSPECTIVAS

EL ABUELO DE EUROPA

11, Emperador Alejandro III de Rusia; 12, Príncipe Federico, heredero de Dinamarca; 13, Princesa Luisa (esposa del Príncipe Federico); 14, Rey Jorge de Grecia; 15, María (hija) Princesa de Grecia; 16, Reina Olga de Grecia; 17, Príncipe Christian, Rey actual de Dinamarca (en el fondo), rodeado de las Princesas Luisa, Victoria y Maude, Gran Duquesa Xenia, Gran Duque Miguel y Princesita María de Dinamarca.

¡Cuán intensa melancolía despierta en el ánimo la contemplación de estas viejas fotografías! ¡Qué de recuerdos nos sugieren! ¡Qué cambios tan radicales se han operado en el mundo desde los tiempos en que el rey Cristian IX de Dinamarca se retrataba en el gran salón de su palacio de Copenhague rodeado de todos los miembros de su familia, que ocupaban los principales tronos de Europa!

¡Cuántas esperanzas muertas!

¡Y cuántos recuerdos vivos! como ha dicho el gran poeta Nuñez de Arce.

Ved si no, al *Abuelo de Europa*, como llamaban a Cristián IX, y a su esposa la Reina Luisa —una Princesa de Hesse— cuán felices, cuán ajenos a la catástrofe que lentamente se iba elaborando y había de derrumbar los tronos y segar las cabezas de muchos de aquellos numerosos descendientes.

Ved al poderoso Emperador de todas las Rusias Alejandro III. y a su esposa María Fedorowna y al entonces Czarwisch Nicolás, desdichada víctima de la revolución volchevique. ¡Cuán distinta aquella Emperatriz María, feliz en medio de su augusta familia, de esta otra madre desolada que ahora vuelve a la Corte de Dinamarca a llorar sus grandes infortunios!

Y el rey Jorge de Grecia, otro hijo de Cristián IX, a quién sucedió el príncipe Federico, padre del Rey actual; y el Duque de Clarence, prematuramente arrebatado al cariño de la familia real inglesa y el Príncipe de Gales, más tarde Eduardo VII de la Gran Bretaña, en el apogeo de sus triunfos de mundano, cuyos menores detalles de indumentaria, eran lanzados en seguida a la moda por los mejores sastres de Londres, y la Princesa —después Reina Alejandra— una de las soberanas más elegantes de Europa que puso de moda aquellos *collier-*



Al piano: Reina Luisa de Dinamarca, con sus tres hijas: María Feodorovna, Emperatriz de Rusia; Alejandra, Reina de Inglaterra; Thyra, Duquesa de Cumberland

chien, hechos de menudas perlas y brillantes, para disimular según algunos, cierto defecto físico que en nada aminoraba su belleza, y la Princesa Tyra de Dinamarca, casada con el Duque de Cumberland y el Príncipe Carlos, que luego fué Haakon VII de Noruega y casó con otra Princesa de Inglaterra, y en fin, aquella gran hermosura, rusa de nacimiento, que se llamó la Reina Olga de Grecia.

¡Oh! ¡Cuán piadosa es a veces la muerte, que nos impide contemplar muchas catástrofes!

Cristián IX falleció mucho tiempo antes de que diera comienzo la horrenda tragedia a cuyo epílogo asistimos y no pudo contemplar el triste espectáculo que ha ofrecido Europa durante cuatro años.

En cambio, su nieto el Rey Cristián X que aparece en la fotografía en un grupo —al fondo— rodeado de las Princesas Luisa, Victoria y Maude, la Gran Duquesa Xenia, que hoy pasea por Biarritz, y por Suiza sus tristezas de huérfana y sus melancolías de desterrada, el Gran Duque Miguel y la Princesita María de Dinamarca,

ha sido testigo neutral de la gran convulsión que ha conmovido a casi todas las viejas naciones del Continente y hoy ve pasear por delante de aquel mismo palacio que sirvió de fondo a la familiar fotografía, a las turbas exaltadas a los gritos de ¡Viva la República!

También resulta interesante y curiosa, la otra fotografía en que aparecen sentadas al piano, interpretando plácidamente alguna página wagneriana, tres soberanas: la Reina Luisa de Dinamarca, ya difunta, la Emperatriz María de Rusia y la Reina Alejandra de Inglaterra, con la Duquesa de Cumberland (Princesa Tyra de Dinamarca).

Al ofrecer a los lectores de *VOLUNTAD* estas fotografías que bien pueden llamarse históricas, pensamos, con el gran historiador Taine, cuán conveniente es que subsistan algunas cosas del pasado, que sean como fundamento del porvenir y mantengan a través de las renovaciones necesarias, la tradición y la unidad del género humano.

MONTE-CRISTO





DISERTACIONES TRANSCENDENTALES

AMÉRICA Y EL AMERICANISMO

Me gustaría hablar un poco de las relaciones hispano-americanas. Comprendo que es mi deber, y a mí no me agrada faltar a mis deberes. Es inútil que me pregunten cómo he llegado a convencerme de que estoy en la obligación de tratar ese tema. No lo sé. Tampoco sé qué es lo que tengo que decir acerca de él. Pero esto es lo menos importante.

Puede ser que me haya movido a tan grave decisión la lectura de dos noticias: una, que habla del intento de enseñar historia de España en las universidades argentinas. otra, que se refiere a la creación en Madrid de una Junta de aproximación hispano-americana, constituida por nuestros más ilustres artistas. He adivinado, sin gran esfuerzo, al leer ambas informaciones, que se trata de que nos apreciemos y nos conozcamos recíprocamente. Y me he acordado del Sr. Castilla.

El Sr. Castilla era un americanista formidable. Hablaba del nuevo continente con tanta abundancia, que todo el mundo pretextaba tener prisa cuando estaba a su lado. No obstante, si se le hubiese prestado atención, no cabe duda de que habrían marchado mejor las cosas. El había descubierto un sistema que resolvía y abarcaba toda la complicada cuestión pendiente entre España y sus antiguas colonias. Este sistema se compendia en una sola frase:

—Hay que estrechar los lazos.

¿A qué lazos se refería? ¿Qué era preciso hacer para estrecharlos? Siempre hubo un poético misterio alrededor de su apotegma; pero a nadie se le ocurrió aclararlo jamás. Yo digo ahora: «hay que estrechar los lazos», y ustedes se encogen ligeramente de hombros. Pero cuando el ilustre americanista fruncía el ceño, erguía su elevada estatura y cerraba los brazos sobre el pecho para acompañar con el ademán su sentencia: «hay que estrechar los lazos», las gentes se encontraban súbitamente convencidas y murmuraban:

—Sí, sí; es indudable.

El insigne hombre no había estado nunca en América, ni había leído más que el *Heraldo de Madrid*. Sin embargo, su erudición acerca de esta especialidad, era prodigiosa. Yo siempre he creído que representaba el arquetipo del americanista español. Recuerdo cuando se decidió a hablar en la Fiesta de la Raza... En verdad, hay que decir que fué su primer discurso, porque acostumbraba a desarrollar sus teorías en el pequeño círculo de la tertulia de café. Pero entonces no pudo sustraerse a la exaltación del ambiente. Todos le vimos ponerse un poco pálido y extender una mano abierta. Gritó:

—¡Señores!...; profundamente emocionado... Yo os digo: es absolutamente preciso que estrechemos los la-

zos con América. Recordemos incesantemente la epopeya del Descubrimiento y de la Conquista. ¿Podemos olvidarnos de Hernán Cortés?

Muchas voces gritaron, estusiasmas:

—¡No, no!

—¿Podemos —siguió— olvidar a Pizarro?

Gimieron otras voces, atribuladas por aquella sospecha:

—¡No, no podemos!

El orador vaciló un instante; se advirtió que buscaba un nuevo nombre glorioso. Continuó, al fin:

—¿Y al Gran Capitán?

—¡Pido la palabra! —vociferó el rector del Instituto, al que desde entonces no pudo ver el ilustre americanista—. ¡Pido la palabra! Me consta que el Gran Capitán no tuvo nada que ver en ese asunto.

Corrió un fuerte rumor de desaprobación y de extrañeza.

—Bueno —replicó el Sr. Castilla, cerrando los puños— ¿y qué tenemos con eso? Yo no he afirmado lo contrario. Yo me limito a preguntar: ¿debemos darlo al olvido?

Era un hombre genial, y España hubiese adelantado mucho si atendiese su consejo de estrechar esos lazos de los que él hablaba incesantemente. Yo le he oído contar muchas veces anécdotas y particularidades de la existencia en los países americanos, y me quedó la impresión de que debe ser la tierra más extraordinaria del mundo. La descripción de cómo los negros araban la tierra para la siembra del coco, cantando «rumbas» melancólicas, era todo un cuadro de costumbres; y nada tan curioso como enterarse por sus labios de la manera que se efectúa la recolección de los puros de a peseta, que son cortados con grandes precauciones en los tabacales, con unas tijeras afiladísimas, mientras otra cuadrilla de trabajadores marcha detrás arrancando los puros de 0,15 sin tantos miramientos, de una manera análoga a la que se emplea en nuestro país para arrancar los nabos.

La vida económica en aquellas comarcas tampoco tenía secretos para el insigne americanista. En las pampas es necesario, por lo visto, andar siempre a caballo. El emigrante ha de vivir alerta por causa de los indios, terriblemente sanguinarios. Dos procedimientos existen para librarse de ellos. Uno, disparar una escopeta; otro, regalarles avalorios y collares de vidrio. En cuanto un tropel de indios oye el estampido de un rifle, cae al suelo con el estupor retratado en el semblante. Cuando pueden hablar, dicen:

—Rostro pálido: tú serás nuestro jefe, porque puedes manejar el rayo y el trueno.

En las ciudades, la vida es más difícil. El ilustre americanista no quería ocultar que era preciso sufrir bastantes privaciones para obtener una fortuna.

«—Por de pronto —decía— pasa usted muchos años junto a un mostrador, sin apartarse de allí para nada. Yo he tenido un amigo que marchó a América siendo un adolescente. Entró en un comercio y no salió a la calle en quince años. Dormía sobre el tablero del mostrador, en una colchoneta. Un domingo le autorizaron para dar un paseo. Llegó hasta la esquina de la calle y volvió asombrado de lo grande que era el mundo, y muerto de risa porque había visto a un hombre sobre una bici-

cleta, lo cual le pareció tan extraño y difícil que no sabía hablar de otra cosa.

»Al cabo de quince años se casó con la hija de su principal. Es notorio que esta es una costumbre antigua en el país. Todos los dependientes se casan con las hijas de sus principales. Entonces se vió dueño de una gran fortuna, y se suscribió a un periódico diario. ¿Ha visto usted en alguna ocasión los periódicos de América? Son tan grandes que no pueden ser leídos más que por gentes ricas, que ya no tengan nada que hacer en la vida...: doce, veinte páginas de letra menuda y apretada... Mi amigo se suscribió a uno de ellos. Esta fué su perdición. Las costumbres positivas que le había inculcado el comercio, su ansia mercantilista de no desperdiciar nada, de no tirar el dinero en balde, le obligaban a leer íntegramente su periódico. No le interesaba jamás, pero ya que lo pagaba, quería leerlo. Otra cosa sería un despilfarro vergonzoso.

»Muy temprano, con el desayuno, llevábanle el diario aborrecible. Se encorbaba sobre él y leía, leía, con cara de sufrimiento. Crímenes, política, informaciones, comentarios, filosofías, anuncios... No podía salir de su casa, no podía viajar, ni recibir visitas... Enfermó del estómago. Odiaba aquellas veinte páginas que se renovaban todos los días, con un odio del que no hay ni hubo igual en ningún corazón humano. Su tortura fué larga. El imprudente se había suscripto por un año. Soñaba con el día de su liberación, día feliz desde el cual no volvería nunca a leer periódicos. Enrojecieron sus ojos, temblaba su pulso, adquirió todo él un color amarillo...

»Y llegó el momento feliz. Pasó el año. Mi amigo había mandado disponer una fiesta para celebrar el acontecimiento. Aquel era el último día en que el tiránico mamotreto entraría en su casa con sus mazacotes de prosa. Pero el periódico, en un alarde que sólo se comprende en aquellos países, editó un número de cerca de mil páginas, semejante al que publicó el *Diario de la Marina*, de la Habana, hace un año o dos. El servidor, abrumado bajo el peso de aquel volumen, entró en la estancia donde reposaba mi amigo.

»—¿Qué es eso? —preguntó el infeliz, notando palpar su corazón bajo el acicate de un presentimiento.

»—Es el número extraordinario de primero de año, regalo a los suscriptores.

»El desventurado clavó su mirada triste en el inmenso bloque de papel impreso.

»—Se han arruinado —murmuró— pero me asesinan.

»Arañó con sus dedos amarillos el embozo de la cama, y espiró.»

Podría escribir un volumen con los relatos oídos al egregio americanista, sólido puntal de la amistad de España con las repúblicas ultra-atlánticas. Me detiene la reflexión de que nada nuevo enseñaría a la mayor parte de nuestros americanistas, que tienen del Nuevo Continente una idea bastante aproximada a las que acabamos de exponer. Seguramente estos hombres ilustres mirarán con desdén esa Junta de aproximación en la que figuran nuestros artistas más insignes.

W. FERNANDEZ-FLOREZ



EL PALACIO DE CERVELLON



*Retrato del Duque de Fernán-Núñez, por Goya
Galería del Palacio de Cervellón)*

LARGO CASERON... DE ESOS DE INNUMEROS balcones, enfilados todos ellos en la misma igualdad; encuadrados todos ellos en la misma sobriedad de líneas; todos ellos encerrados en la misma señorial mudez, en esa mudez que infunde a la par curiosidad y respeto, pues que parece decir a cuantos los miran: —¡Nuestro vivir no es ahí fuera! ¡nuestro vivir es aquí dentro, que aquí dentro hay un tesoro!...; largo caserón de esos es el llamado palacio de Cervellón, por otro nombre palacio de Fernán-Núñez, el cual, en la simpática y alegre calle de Santa

Isabel, pone puntos muy subidos de castellana nobleza.

Sobrecogidos un tanto de ese reverencial temor, que debe de calarse en la mano del cirujano dispuesta a desentrañar el cuerpo de algún personaje ilustre; pero animados de ese aliento, que esfuerza la piqueta del minero, a cuyos golpes en lo escondido de la tierra, saltan a la luz del día mil y mil piedras preciosas, penetramos en el severo portal, que, en sus anchuras, bien simboliza la inagotable hospitalidad de aquella legendaria casa.

En el espacioso vestíbulo, y como figura, que al justo encuadraba en aquel marco de rancia hidalguía, salió a



Un rincón del Salón íntimo

nuestro encuentro el mayordomo de patillas blancas, de cara bondadosa, de franco mirar, el servidor leal, que, en fuerza de más de cincuenta años de acrisolados oficios, ha merecido de sus dueños ser elevado de criado a compañero, de extraño a confidente de aquella familia, para la cual guarda solicitudes amorosas de familia propia. ¡Qué sencillos encarecimientos hacía de todos los objetos y recuer

dos de la casa!... ¡Qué palabras de ternura brotaban de sus labios en honra y alabanza de sus amos!... ¡Oh, y qué ejemplo más noble en estos desquiciados tiempos, en que sólo se ve a los señores mandar despóticamente a sus criados, y a los criados obedecer amenazantes a sus señores, porque, en lo general, del corazón de los unos y de los otros ha desaparecido el amor cristiano!...



Comedor de gala, que figuro en la Exposición de París de 1869

Subimos la escalera de tallado roble, de cuyas paredes cuelgan soberbios tapices, ostentadores de los blasones de la casa, que advierten en su divisa que es regia, porque

«[FLUMINUM FAMILIA COTORUM EX SANGUINE REGUM!]

y nos hallamos en el *salón verde*, doble estancia amueblada al estilo francés, donde, entre otras bellezas sobresale

una consola imperio, de bronce finísimamente pintados, y donde comenzamos a codearnos ya con los más eximios discípulos de Pallas, maestros, a su vez, de cien generaciones. Allí Velázquez, con sus colores empastados en firmeza de sombras, dibujando un perrillo acurrucado en mullido cojín granate: allí Vranx, con su estilo netamente flamenco, y sus paisajes embebidos en una sencillez pastoril inimita-

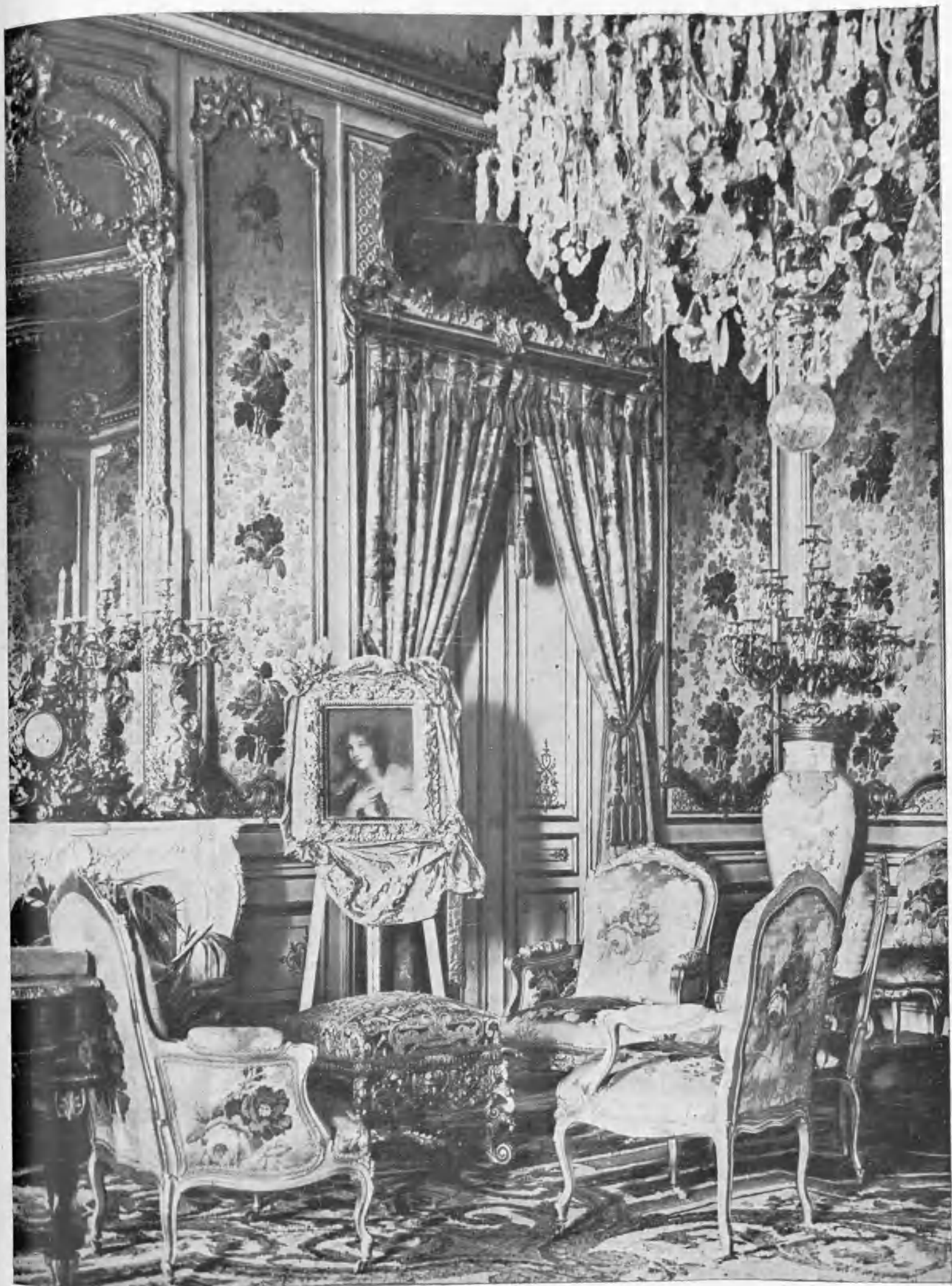


Un ángulo del admirable «Salón amarillo»

ble: allí Van Berchem con sus campos de atmósferas luminosas, y su arte en traducir los contrastes de luces y de sombras: allí Murillo, con sus Virgenes llenas de divina dulcedumbre, como si el modelo lo hubiera contemplado al través de algún jirón abierto en los mismos cielos...

Y las puertas se abrieron y nos invitaron a penetrar en

el *salón amarillo*. Vasto aposento engalanado a lo príncipe, de lujosa mueblería, pintado el techo de juguetones angelillos, alados con las alas de las mariposas, alfombrado todo él de alfombra tan rica y tan espesa, que roba el ruido de los pasos, como si tratara de imponer silencio, para mejor admirar un cuadro, que, sostenido en un trípode, ocupa



Otro aspecto del «Salón amarillo». Al fondo, un Greuze

el medio de la sala. Es una cabeza de mujer, tan blandamente femenil, tan graciosamente joven, tan candorosamente inglesa, que no parece sino que los pinceles del inmortal Greuze, que la dibujaron, ungiéronse primero en suaves tintas de pétalos de flores y en neblinas delicadamente emblanquecidas por los rayos de un sol de tibia prima-

vera... Pues luego, ¿qué pluma alcanzará describir y ponderar por menudo y debidamente en los estrechos e imperiosos moldes de un artículo de Revista, todo el cúmulo de artísticas joyas y de históricos recuerdos, que convierten en relicario aquella mansión de Grandes?... ¿aquel anchuroso comedor de gala, vestido todo él de limpiísimo roble tallado,



... El caballero Marqués de la Mina, que entre sus títulos ostenta los de haber sido Mayordomo Mayor de S. M. el Rey, a os veces Embajador extraordinario y el ser actualmente Decano de la Diputación de la Grandeza

al hilo de ese gusto tan español como es el barroco, y que tal y según ahora se admira, lució en la Exposición de París de 1869, desde donde le trasladó a su casa la magnificencia del difunto Duque?... ¿y aquel otro comedorcillo íntimo, alegrado por los vivos colores de sus tapices goyescos?... ¿y el salón de baile, suntuosamente regio, ornamentado conforme al patrón de la graciosa moda del siglo XVIII

francés, abrigado de largos espejos y del oro, que, herido de las luces debe de relumbrar como un áscua; salón espaciosísimo, cuyo suelo, labrado ricamente de incrustadas maderas, parece trabajado sólo para que sobre él resbalen nacarados pies de ninfas, que de la misma Terpsícore hubieran aprendido sus danzas y sus trenzados?...

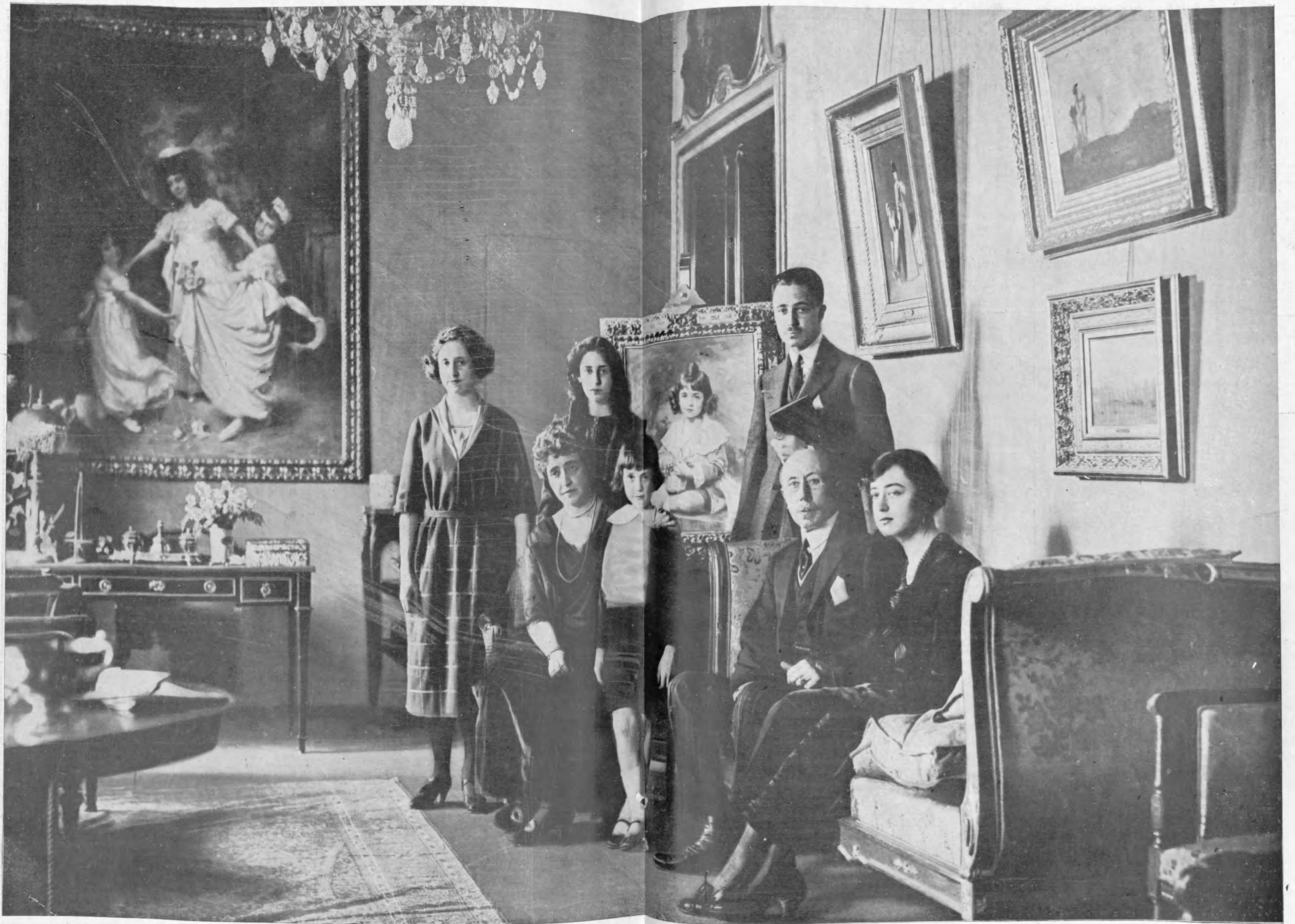
Y para remate de esta hilera de lujosas estancias, el sa-



La ilustre hija de los Xiqueñas, la Marquesa de la Mina, sobre quien derramó el Señor mil personales dones de belleza, de gracia, de inteligencia, de bondad, no es sólo madre buena de sus hijos, sino además ocupa sus horas libres en ser madre buena de los pobres...

loncito de aquel pintor aragonés, para quien nuestra villa y corte fué paleta inmensa, de donde tomó matices empapados en una inspiración personalísima. Dos admirables retratos, debidos a esa inspiración insuperable de Goya, acicalan las paredes de este saloncito: el uno el retrato de un Fernán Núñez, lleno de una realidad suavemente espiritualizada en toques de vibrante colorido; el otro, el retra-

to de su esposa, una Duquesa de Montellano, castizamente madrileña, cuyos encajes pasman por su finura, cuyos colores se entonan en apacibilísimo contraste, y cuyas carnes palpitan bruñidas con el oriente de las perlas... Enfrontados con estos retratos hay otros dos, el del último difunto Duque, obra que no terminó Rosales porque la muerte se la arrancó de entre las manos, y el de la actual Duquesa,



La Marquesa de la Mina se dejó retratar en su rincón favorito, rodeada de todos los suyos, como dando a entender que sus cuidados son los primeros, y sus más tiernas solicitudes son para aquel que eligió por marido, para aquellos que Dios le dió por hijos....



Retrato del difunto Duque, obra de Rosales, que el pintor no llegó a terminar porque la muerte se la arrancó de las manos...

espejada por el pincel de Madrazo, cuando el sol de la juventud la lozaneaba de lleno en lleno.

Y pasamos a la contigua galería, discretamente ensombrecida por la luz de la tarde... ¡Cuán apropiada para embesarse en aquella Virgen milanesa de Solari, tan íntima, tan delicadamente rebuscada, que lleva por título «La Virgen amamantando al Niño Jesús»... y en aquel San Sebastián asaeteado, obra de Francia, un San Sebastián un sí es no es femenino, quizá porque el artífice más pretendió mostrarnos la languidez enamorada del alma del mártir, que la acerada musculatura del torso del soldado. Un Murillo franciscano, un primitivo de la Virgen por entero pamesana, llena de ese encanto propio de la escuela de Crivelli, un Tiziano magnífico, aunque de atrevido realismo, un Tintoreto perteneciente sin duda a la edad de oro del pintor veneciano, dos magníficas estatuas de mármol, y un monaguillo sorprendido por Benlliure en el momento en que habiéndose quemado, arroja su incensario, y pretende aliviar su abrasado dedo metiéndole en la boca... todo esto, digo, son otros tantos lazos, que, aun a la fuerza, retienen



Retrato de la actual Duquesa, espejada por el pincel de Madrazo, cuando el sol de la juventud la lozaneaba de lleno en lleno ..

con su encanto estético a los que la ensombrecida galería atraviesan.

¡Ah!, olvidábaseme algo, sin lo cual la pintura de este corredor quedaría manca. En par de tanta nota de artística placidez, óyese, como un eco apagado por la lejanía de los siglos, el estruendo de las batallas, en que la media luna menguaba al paso mismo que crecía el fulgor de nuestra cruz... En lujosa vitrina relucen con el brillo de la plata moriscamente afiligranada, los arcos de un caballo. La inscripción que al pie de la vitrina se lee dice así:

«MONTURA DEL CAVALLO QUE LLEVABA MAHOMAD EN MCCCXXXI
EN EL SITIO DE CASTRO EL RIO CUYA VILLA CON SOLO LXX DE
CAVALLO Y POCOS DE A PIE ENTRO
EL RICO HOME D. MARTIN ALONSO DE CORDOVA SEÑOR DE MONTE-
MAYOR Y DE FERNAN-NUÑEZ
PELEANDO TAN NOTABLEMENTE QUE AUNQUE SALIO CON GRAN-
DES HERIDAS LOS MOROS ESPANTADOS DE SU FORTALEZA
ALZARON EL CERCO.

POR ESTA SINGULAR HAZAÑA LOS DESCENDIENTES DE D. MARTIN
LLEVAN SOBRE LAS ARMAS DE CORDOVA LAS DEL REY MORO

Entrábamos en lo secreto e íntimo de la casa, en las ha-

bitaciones particulares de la Duquesa, cuando, en el punto en que admirábamos aquel dormitorio de lecho ducal, recatadamente cubierto en su cabecera por un caprichosísimo parabán donde se entrelazan originales de los más renombrados maestros del dibujo, acertó a pasar por allí la propia Duquesa... Al ver aquella figura de tan aristocrático perfil, tocada la cabeza con la blanquísima nieve de los años, cruzaron por mi mente, ya apercebidos de férrea armadura, ya acicalados de cortesanas sedas, ya ceñidos de ásperos cilios, mil vástagos ilustres, que o con el esfuerzo de su brazo y con los servicios a sus reyes o con el perfume de santidad, dieron crecimiento y lozanía y olor de cielo a las ramas de un árbol genealógico, cuyas profundas raíces toman su jugo de esa tierra, gloriosa mil veces y mil veces bendita, que tiene por nombre propio «Historia de España»... ¡Los Cervellón... los Fernán Núñez... los Ossorio... los Gutiérrez de los Ríos... todos ellos vienen a escribir con su sangre nobilísima las ejecutorias de aquella dama, que delante de nosotros pasaba!...

—Cuenta ya noventa años... — exclamó alguien en mi derredor.

—Pero en el alma es muy joven... —añadí yo, al contemplar su escogida biblioteca y su mesa de escritorio y aquel exquisito gusto, con que su salón estaba alhajado; indicios todos ellos de un espíritu trabajador, que es decir lleno de vida.



Un Murillo; un Tintoreto, perteneciente a la edad de oro del pintor veneciano...

—¡Y sobre todo es muy buena!... — parecieron decirme su rosario y su libro de misa, que esperaban sobre una mesita, para al día siguiente acompañarla al devoto oratorio de la casa...

En esto resonó allí una nota de bullicioso cascabeleo... Abrióse una puerta, y apareció el hijo de la noble Duquesa, el caballeroso Marqués de la Mina, que entre sus títulos ostenta los de haber sido Mayordomo Mayor de S. M. el Rey, dos veces Embajador extraordinario, y el ser actualmente Decano de la Diputación de la Grandeza. Con cortesana amabilidad nos honró presentándonos a la Marquesa y a sus hijos, que pasaban un rato en familia, en risueño salón esmaltado de búcaros de flores.

—Ea —dijo bondadosamente la Mar-



¡Cuán apropiada, aquella luz de la tarde, para embelesarse en la Virgen milanesa de Solari, tan íntima...!

quesa—, pues para VOLUNTAD es toda la mía, de buen grado accedo a que la placa fotográfica sorprenda nuestras escenas de familia; pero ha de ser aquí, en este rincón... es mi favorito...

Y se dejó retratar allí, rodeada de todos los suyos, como dando a entender que sus cuidados, los primeros, y sus más tiernas solicitudes son para aquel que eligió por marido, para aquellos, que Dios le dió por hijos... ¡Buena esposa! ¡Madre buena!..., este es el mejor elogio, que en loa de una

mujer pueden pronunciar los labios, porque es llamarla «reina de su casa»...

Empero la ilustre hija de los Xiquenas, la Marquesa de la Mina, sobre quien derramó el Señor mil personales dones de belleza, de gracia, de inteligencia, de bondad, no es sólo madre buena de sus hijos, sino además ocupa sus horas libres en ser madre buena de los pobres... ¡Con qué ardoroso cariño nos hablaba de sus trabajos de caridad! ¡La Cruz Roja, la institución de la «Jeune Fille», el Hospi-



En el punto en que admirábamos aquel de lecho ducal...

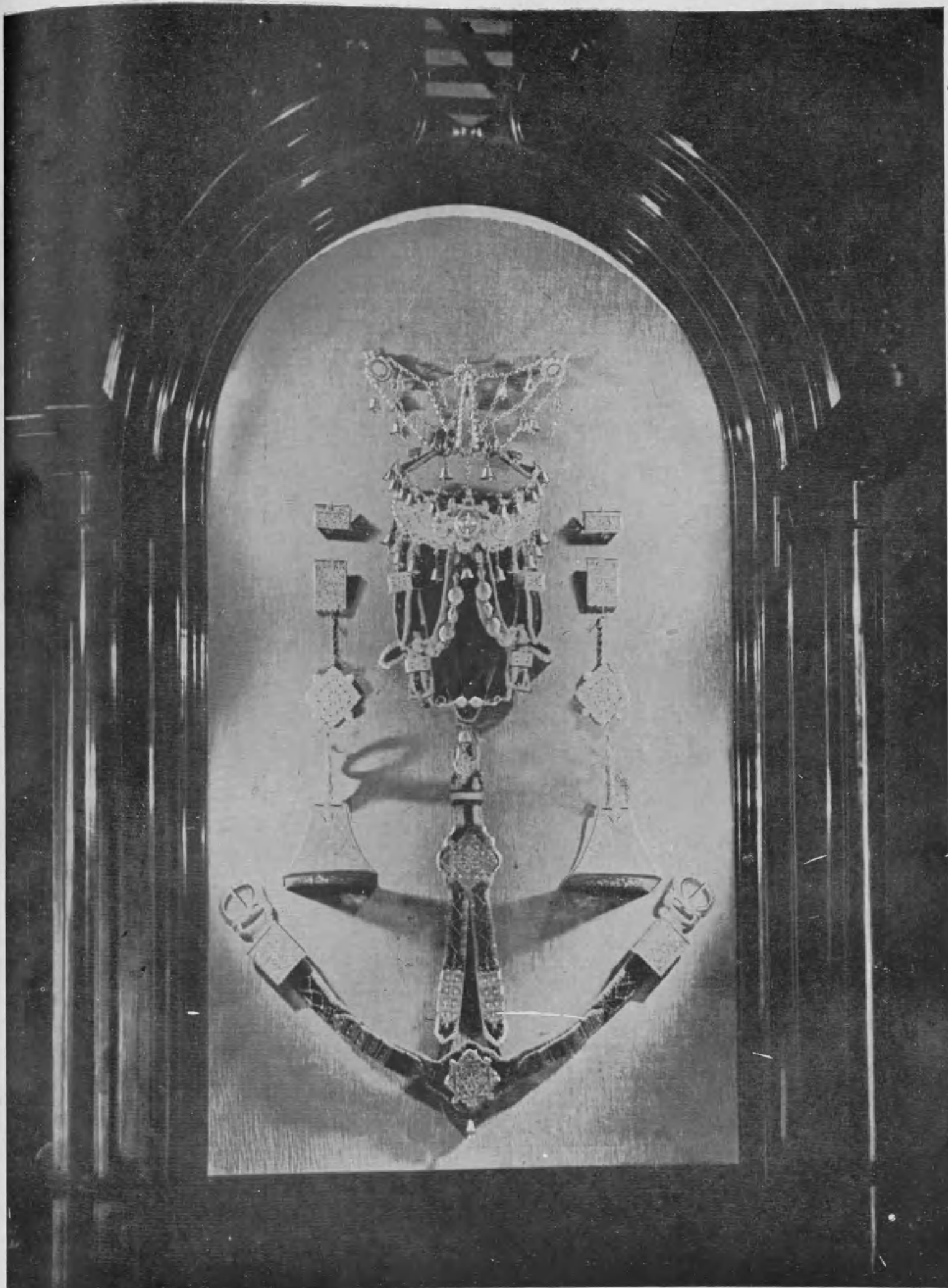


Salón de baile

tal de San José y Santa Adela, el Comedor de la calle de la Verónica, donde más de cincuenta pobres hallan el pan de cada día, he ahí el humanitario jardín en que los ocios de la virtuosa Marquesa se entretienen... ¡Oh, cuánto y cuánto bien pueden hacer —pensábamos al contemplarla—

aqueellos a queines la mano de Dios puso tan altos!... ¡Por eso mismo, la cuenta que Dios les pida ha de ser más larga... y más estrecha!...

.....
No quiero dejar de mencionar, para dar cabo a esta li-



... En lujosa vitrina relucen con el brillo de la plata moriscamente afiligranada, los arreos de un caballo...

gera crónica, el simpático jardincillo, que da su toque de florida alegría a la casa, y la magnífica y espaciosa estufa, que junto al jardín se extiende, y que a lornada de escogidas figuras de mármol, y defendida de los estivales rayos por el follaje de erguidas plantas, hace veces de delicioso comedor de verano.

Cuando al partir ya de aquella mansión ancestral tan venerable, atravesamos el rico salón de tapices, y llegamos al vestíbulo, parecióme que las cuatro armaduras, que allí el paso vigilan, dando un golpe con sus picas, nos decían: —¡Idos, noramala, periodistas del diablo, curiosos impertinentes!..

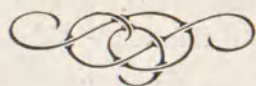


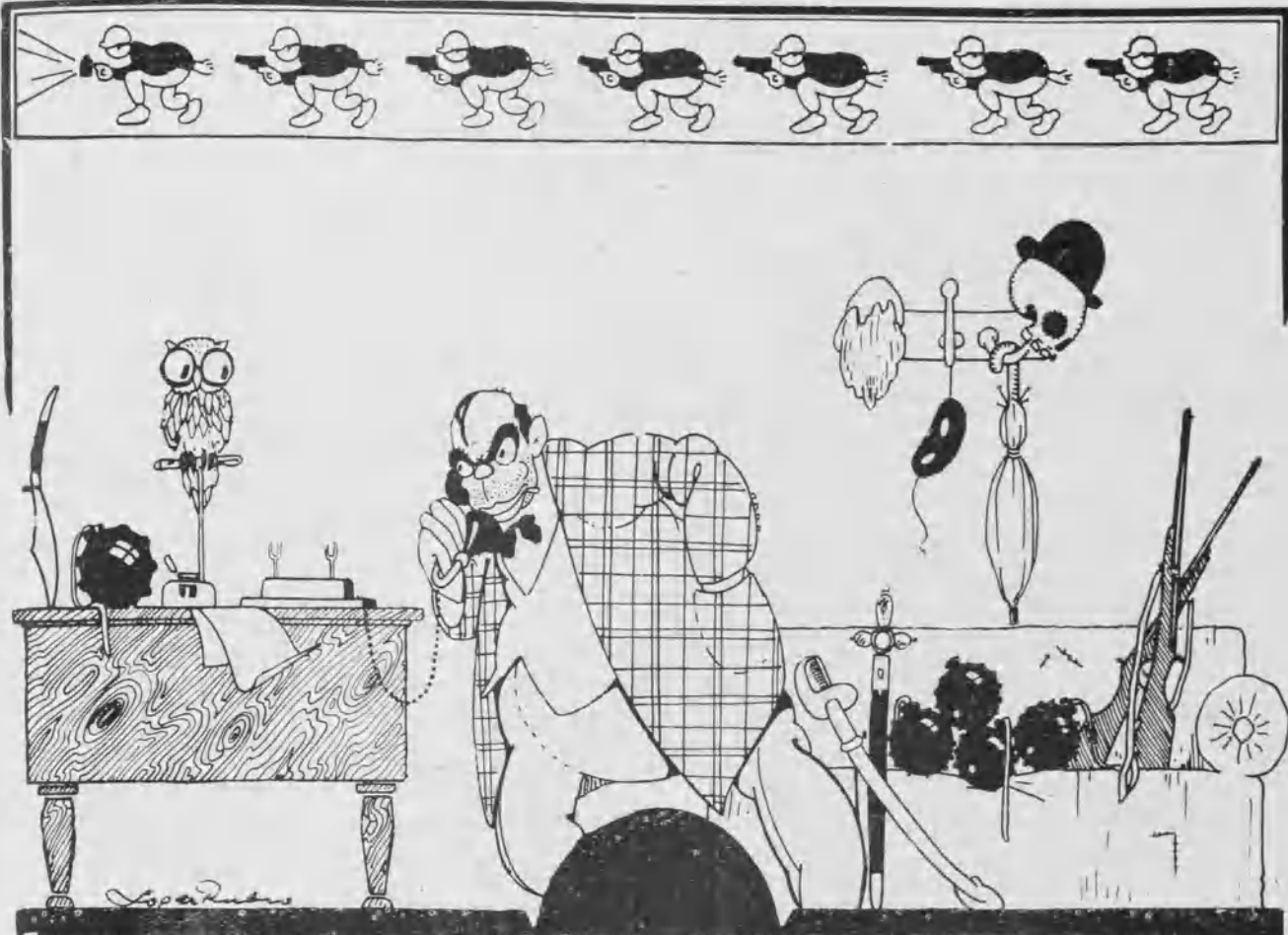
... Un primitivo de la Virgen por entero pamesana, lleno de ese encanto propio de la escuela de Crivelli...

Ya en la calle, el estruendoso estertor de un automóvil despertóme del sueño, que en el Palacio de Cervellón me había tomado... Soñaba que corrían los días de las Na-

vas... de Pavía... de Lepanto... ¡Dios mío, en unas horas, cuántos siglos había vivido!...

JOSÉ MARIA SANZ Y ALDAZ





SANJUAN Y SAMPEDRO

ENTREMÉS EN PROSA

ORIGINAL DE P. MUÑOZ SECA

PERSONAJES:

PRIMITIVA.—SANPEDRO.—SANJUAN

ACTO UNICO

Una habitación pobre y un poco sucia, que parezca un despacho. Puertas en el foro y en el lateral izquierda. Mesa de escritorio a la derecha y sobre ella muchos papeles, muy mal arreglados, y un aparato de teléfono. Sobre un sofá cuatro bombas de dinamita con sus mechas y todo. En un rincón dos escopetas, tres espadas y un sable. Colgados del respaldo de una silla, un antifaz y una peluca canosa; sobre el asiento de otra silla, una lechuga disecada. Es de día. Epoca actual. La acción en Madrid.

Al levantarse el telón está en escena SANJUAN hablando por teléfono. Este Sanjuan representa unos cincuenta años y su aspecto debe infundir verdadero terror. Viste mal; su voz es áspera, sus ademanes bruscos y su cara un poema patibulario: barba de un mes, boca grande, labios carnosos, cejas pobladas y prominentes, y una mirada, no de hombre sino de hiena después del cuarto vermut. Procure el actor caracterizarse de forma que si fuera al Desierto y le vieran los leones, salieran éstos huyendo y gritando ¡mi abuela, qué tío!

SANJUAN.—¡Central!... ¿Central? (*Descargando un puñetazo sobre la mesa.*) ¡¡¡Ira de Villanueva!... ¡¡¡Central!... ¡Sí, señora: estoy llamando desde que Cortés

quemó las naves!... ¡Bueno, bueno!... Hágame el favor: tres setenta y cinco... ¿Eh? ¿Que es poco?... ¡¡¡Señora!... ¿Eh?... (*Cambiando de tono.*) ¡Ah! Sí: espere. (*Deja el aparato y consulta en el libro del teléfono.*) Hay que decir además la letra del barrio. (*Pasando las hojas furiosamente.*) ¡Las cosas de este país! ¡Qué caramba de pamplina de porras!... Ya podían hacer una nueva numeración y quitar esta propina de letras... (*Le- yendo.*) Ba, ba, ba... Be, be, be... Benítez, Gonzalo, trescientos setenta y cinco, ese. (*Tira el libro y vuelve a coger el aparato.*) ¡Central!... ¡Central!... Ese. ¿Cómo? ¡Ese, señora!... Tres, setenta y cinco, ese... ¡Eh!... (*Vuelve a dejar el aparato.*) ¡Peste de porras de pamplinas!...

PRIMITIVA.—(*Por el foro.*) Padre... (*Esta Primitiva es joven y bonita y viste de un modo raro: parece una sufragista en día de elecciones. Habla sombríamente.*)

SANJUAN.—(*Asperamente.*) ¿Qué quieres?

PRIMITIVA.—Que necesito un puñal y un revólver cargado.

SANJUAN.—Di a Pie de Corzo que te los dé.

PRIMITIVA.—Está bien.

SANJUAN.—¿Llevas la mascarilla para el cloroformo?

PRIMITIVA.—Sí, pero... (*Suena el timbre del teléfono.*)

SANJUAN.—Déjame ahora.

PRIMITIVA.—Es que quiero decirte...

SANJUAN.—(*Furioso.*) ¡Déjame, digo!...

PRIMITIVA.—(*Haciendo mutis por el foro.*) ¡Ya me voy!... ¡Maldito genio!... (*Vase.*)

SANJUAN.—(Al teléfono.) ¿Es Benítez?... Aquí es Sanjuan... Sí... Oiga: la pólvora que me ha mandado está húmeda y temo que detone demasiado... ¿Eh?... Sí... ¿Cómo? ¿Pero no lo sabe? Sí: tiene que volar toda la casa... ¡Ah!... ¡Bueno!... Sí, sí... creo que vamos a hacer un gran negocio. ¿Eh?... No: mueren todos... ¿Cómo dice?...

Por la puerta de la izquierda entra cachazudamente un tío mal vestido conduciendo en lo alto de un palo un gran cartel anunciador. Nuestro hombre deja el anuncio en el foro, muy bien apoyadito en la pared para que todo el mundo lo lea y secándose el honrado sudor, se va por la puerta del foro sin decir esta boca es mía. ¿Para qué va a decir esa sandez? El cartel anunciador ostentará con gruesos caracteres el siguiente texto:

Teatro Bugallal

Compañía de dramas policíacos de
SANTIAGO SANJUAN

Lunes 25 de los corrientes, estreno del
grandioso drama en cinco actos original de
Hoker Putman

Un grito en el campanario

¡Emoción!... ¡Emoción!... ¡Emoción!...
Un terremoto, un naufragio, dos incendios,
tres cólicos misereres y un derrumbamiento
final.

Sí, yo creo que este «Grito» me va a dar mucho dinero... ¿Eh? No: yo digo en las gacetillas que la obra es norteamericana y que se ha representado en California más de ochocientas noches durante el año de 1919, pero es original de Burgos y Becerra. Bueno. Mándeme usted los seis catafalcos, el cañón y los once esqueletos. Bien. Adiós... Adiós... (Deja el aparato. A Primitiva que entra por el foro.) ¿No están ensayando?

PRIMITIVA.—¡Quiá! No hemos empezado todavía.

SANJUAN.—¡Porras! ¿Pues qué sucede?

PRIMITIVA.—Que faltan las dos esposas.

SANJUAN.—¿Y no pueden arreglarse con unos cordeles?

PRIMITIVA.—Si aludo a la mujer de Ordoñez y a la de Perdiguero que acaban de llegar y aun no se han caracterizado.

SANJUAN.—(Aporreando la mesa.) ¡Esas dos idiotas!... ¡La una con media lengua y la otra con un acento vascongado que no sé cómo no la tiran las butacas!... Bueno. ¿Y a qué vienes tú?

PRIMITIVA.—Vengo a hablar contigo.

SANJUAN.—¡No tengo dinero!

PRIMITIVA.—No se trata de eso.

SANJUAN.—¿Eh? ¿Pues qué pasa, porras?

PRIMITIVA.—(Un poco indecisa y algo turbada.) Pasa que... vamos, que yo tengo un novio.

SANJUAN.—(Desvencijando la mesa de un trompaço.) ¿Eh?... ¡Tú!!

PRIMITIVA.—Un muchacho de Cuenca.

SANJUAN.—(Pegando un salto de tigre.) ¡¡Porras!... ¿Un novio y de Cuenca?

PRIMITIVA.—(Desafiándole.) ¡Si: no me asustan tus gritos!

SANJUAN.—No te doy con una silla en la cabeza porque eres mi hija; pero si no fueras mi hija... (Mordiéndose al aire.) ¡Aaaaj!

PRIMITIVA.—Si no fuera yo tu hija, ¿para qué te iba yo a decir que tengo un novio?

SANJUAN.—¡Ira de los infiernos!

PRIMITIVA.—Vamos, papá, no te pongas así y escúcha-

me. Mira, cuando terminamos la temporada de Cuenca y me dejaste allí con aquellas tifoideas...

SANJUAN.—Te dejé porque teníamos que debutar en Aranjuez; y además quedaste con tu tía Germana; que yo no soy ningún padre desnaturalizado.

PRIMITIVA.—No: si yo no te echo nada en cara. ¡Libreme Dios! Quiero decirte que a poco de haberte tu marchado llegó a la fonda un hijo de la dueña que estaba en Madrid haciendo oposiciones al catastro. Durante mi convalecencia nos vimos, le gusté, a mí él me gustó también porque es muy simpático y nos pusimos en relaciones.

SANJUAN.—¡Una hija mía! ¡Con un cualquiera!... ¡Con un... catastroso!...

PRIMITIVA.—Todo lo que tú quieras, pero gracias a él hemos podido volver a Madrid, porque tú mi ¡padre! ni nos mandaste dinero para el viaje, ni para pagar los sesenta días de fonda.

SANJUAN.—(Mesándose los pelos de la peluca y rechinando los dientes). ¡Y eres tú la que me hablas así! ¡Tú!!... ¿Pero no sabes que de Aranjuez tuvimos que salir caracterizados? ¿No te han dicho que yo, tu padre, tuve que regresar en el vagón de la fresa y vestido de guardia uruguayo? ¡Ah! ¡Los hijos! ¡Críe usted hijos para esto! De manera que un novio ¿eh?... Y cuando vienes a hablarme de él, será porque ese novio desea casarse ¿no?

PRIMITIVA.—(Con firmeza). Sí.

SANJUAN.—¡Ahora! ¡Cuando eres tú la única actriz que defiende algo! ¡Ahora! ¡Cuando me haces más falta!... ¡Ea! Pues no, ¡no! (Nuevo aporreamiento de mesa). Aún no has cumplido la mayor edad y de aquí a que la cumplas habré logrado yo espantar a ese conguense. ¡Lo juro!

PRIMITIVA.—Pero papá...

SANJUAN.—¡No vuelvas a hablarme de ese asunto!

PRIMITIVA.—Es que...

SANJUAN.—¡¡No!

PRIMITIVA.—Pero...





SANJUAN.—(Desde la puerta del foro). ¡¡No... y no!!
(Se va mordiéndose a la atmósfera).

PRIMITIVA.—(Desalentadísima). ¡Dios mío!... Como le digo ahora al pobre Hugo... (Se acerca a la puerta de la izquierda y hace señas con la mano). ¡Tan ilusionado que está!... Me parece que esta vez no le van a servir ni sus simpatías ni su buena pata. (Por la puerta de la izquierda asoma la cabeza Hugo Sampedro. Tiene veinticinco años, es elegante en Cuenca y trae un rollo de papeles bajo el brazo. Hugo Sampedro es un tío muy simpático).

HUGO.—¿No hay perro en la heredad?

PRIMITIVA.—No; entra.

HUGO.—(Entrando). ¡Primitivita!

PRIMITIVA.—(Suspirando tristemente). ¡Ay, Hugo!

HUGO.—¿Eh? ¿Qué te sucede? ¿Has hablado a tu padre?

PRIMITIVA.—Sí, y ponte en lo peor: no te hagas ilusiones. Su egoísmo se opone a que seamos felices.

HUGO.—¡Bah! Sonríe. Y sonrío, porque una secreta confianza me anima y un optimismo consolador me con-

forta. No te apures: confía en mi buena estrella de siempre. Para una voluntad de hierro no hay obstáculos; para un pecho decidido no hay valladares. He abandonado mi Cuenca por ti; por ti he salido de mi ostracismo y cuando un hombre se desostracisma no es para hacer el ternero. Serás mía, Primitivita: te lo juro, y Hugo Sampedro no jura en vano.

PRIMITIVA.—Pero ¿cómo vas a conseguir?...

HUGO.—(Mostrándole la cubierta del manuscrito que trae). Mira: lee.

PRIMITIVA.—¿Eh? (Leyendo). «La Tibia del muerto». ¿Qué es eso Hugo?

HUGO.—Una obra que he escrito. ¡Y qué obra, Primitivita! Ya verás.

PRIMITIVA.—No creo que sea ese el camino. ¡Si te decidieras a hacerte actor!...

HUGO.—Mira, para eso creo yo que no sirvo. La única vez que he trabajado, hace ya mucho tiempo, metí la pata de un modo que en el primer acto se acabó la representación: no te digo más.

PRIMITIVA.—¡Hombre!



Hugo.—Y eso que no decía más que once palabras: tres en el primer acto: «¡Se ignora, Majestad!!» y ocho en el quinto: «¡El asesino es ese, el Conde de Caldeppón!!»... Porque hacíamos un drama extremeño titulado: «¿Quién lo mató?», que toda la obra estribaba en averiguar quién dió muerte a un abad mitrado, tío del Rey don Bermudo. Bueno, pues yo fui tan bestia, que en el primer acto, cuando el Rey preguntó a la corte ¿Quién dió muerte al pobre abad?, en vez de decir lo del primer acto que era lo de «se ignora, Majestad» dije «¡El asesino es ese, el Conde de Caldeppón!!», y es claro, como desenlacé la comedia, pues el que hacía de rey Bermudo, que era un tío mío que repentizaba muy bien, se adelantó a las candilejas y dijo:

Muy respetable senado:
Vamos a echar el telón
porque esto se ha terminado
pues mi sobrino la ha pringado
al decir lo de Caldeppón...

Y se acabó la función. Nada: yo creo que no sirvo, Primitivita.

PRIMITIVA.—¡Qué lástima! Porque si tú sirvieras, al ver mi padre que no teníamos que sápararnos de él, consentiría en nuestra boda.

Hugo.—¡Bah! Consentirá. Ahora hablaré yo con él y... Escucha ¿tiene tan mal genio como dicen?

PRIMITIVA.—Es una fiera. No sé lo de veces que se ha batido, ni los juicios de faltas que lleva celebrados. Cuando se mete las manos en los bolsillos, lanza un gruñidito, así como si estuviera apretando (*Gruñe*), y se

cruje los huesos de los dedos, hay que salir corriendo, no te digo más.

HUGO.—Yo creo que tú exageras.

PRIMITIVA.—¡Ojalá!

HUGO.—En fin, ahora veremos, porque pienso hablar con él.

PRIMITIVA.—¡Dios mío! ¿Tú?

HUGO.—No temas. (*Saca un revólver*). Mira.

PRIMITIVA.—¡Hugo!!

HUGO.—Está descargado, es decir, está cargado, pero las cápsulas no tienen balas. Lo traigo para amedrentar.

PRIMITIVA.—De todas maneras...

HUGO.—(*Guardándose el revólver*). Tu padre es alto ¿no? (*Aparece Sanjuan en la puerta del foro y al oír a Hugo se detiene y crispera los puños*). Porque como no le he visto nunca... Es decir, su cara la conozco por los afiches, pero su figura, no...

PRIMITIVA.—Pues no; alto no es. Es un hombre de mediana estatura, muy elegante; en escena tiene una figura preciosa...

SANJUAN.—(*Desde la puerta del foro*).—Señorita Sanjuan a escena.

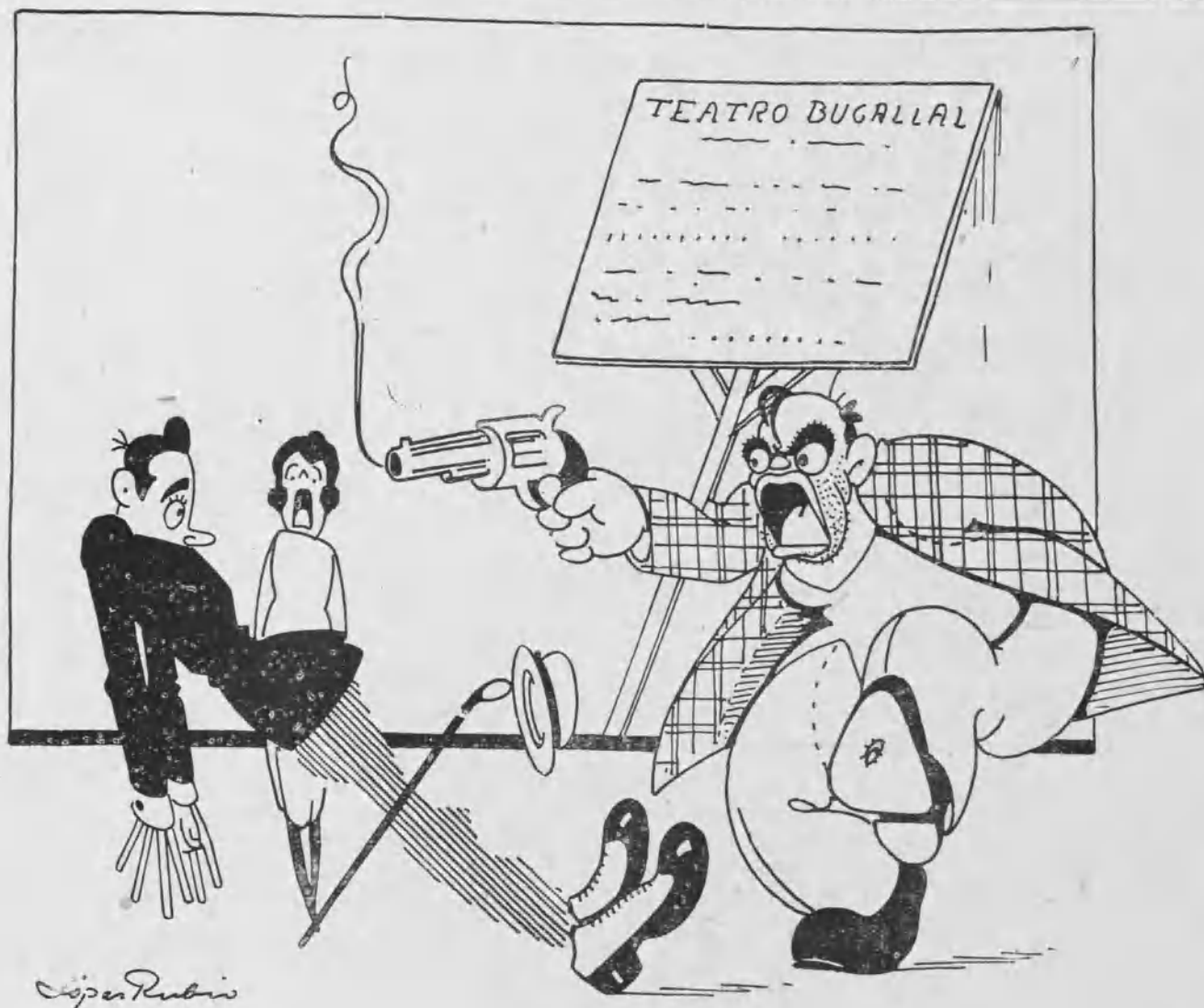
PRIMITIVA.—(*Asustada*). ¡¡Ay!! (*Se separa de Hugo*).

SANJUAN.—¡A escena!

PRIMITIVA.—(*Horrorizada*). ¡Sí; pero es que!...

SANJUAN.—(*Cogiéndola de un brazo y obligándola a hacer mutis por el foro*). ¡Que la están esperando!

PRIMITIVA.—(*¡Dios mío; apiádate de él!*) (*Vase. Sanjuan queda en la puerta del foro mirando a Hugo como un chacal dispuesto a saltar sobre su presa*).



HUGO.—¡Caray, qué modales! ¡Vaya un avisador!

SANJUAN.—¿Decía usted?

HUGO.—Decía que así no se avisa ni en caso de incendios.

SANJUAN.—(Me cree el avisador. Antes de estrangularle, voy a jugar con él como el pérfido gato con el famélico ratoncillo).

HUGO.—¡Qué tipo tan repugnante!

SANJUAN.—A usted le ha extrañado el que yo... ¿eh?

HUGO.—Claro, hombre: esas no son formas...

SANJUAN.—¡Bah! Yo soy así. Tengo mis prontos, pero llevo muchos años en la compañía, todos me quieren bien, sobre todo ella, y saben dispensarme estas brusquedades.

HUGO.—Usted es el avisador ¿no?

SANJUAN.—Para servirle.

HUGO.—Pues me va usted a servir. (Dándole un duro). Tome.

SANJUAN.—¿Eh?

HUGO.—(Obligándole a aceptarlo). Nada hombre usted se lo guarda y se compra una chilet.

SANJUAN.—Pero...

HUGO.—Yo necesito que usted me prepare una entrevista con el señor Sanjuan.

SANJUAN.—(Asombrado). ¿Pero usted quiere hablar con el señor Sanjuan?

HUGO.—Como que para eso he llegado hoy en el corto de Cuenca. Mire usted, se lo diré en confianza para que me ayude lealmente. Yo soy el novio de Primitivita. (Sanjuan hace un gesto y Hugo le da otro duro). Tome usted; para una brocha.

SANJUAN.—¡Este miserable!...

HUGO.—Yo quiero casarme con ella ¿sabe usted?,

pero como ese hipopótamo de Sanjuan se opone a nuestros deseos, yo vengo aquí a camelarlo.

SANJUAN.—(Haciendo un gran esfuerzo para contenerse). ¿Cómo ha dicho usted?

HUGO.—Que vengo a camelarlo con simpatías, que es mi sistema. Porque yo soy un tío de pesqui. Aquí donde usted me ve yo me traigo mis cositas. En Cuenca hay ingenio. Para prepararme el torito ¿eh? Como él no me conoce ¿sabe usted? pues yo vengo a hablar con él con el pretexto de leerle una obra policiaca que he escrito. ¿Eh? ¿Va us'ed viendo a lo largo? Conversamos, procuro caerle en gracia, le coloco media docena de trolas, le digo que mi madre en punto a dinero se tutea con D. Ramón de la Sota; que yo, es posible que me haga empresario; el tío abre cada ojo así... y ya bien dispuesto, cuando le digan que yo soy Sampedro el novio de su hija, pues me acepta y aquí no ha pasado nada.

SANJUAN.—Todavía.

HUGO.—¿Eh?

SANJUAN.—Que aquí no ha pasado nada todavía, pero va a pasar.

HUGO.—¿Usted cree?

SANJUAN.—Sanjuan le va a dar a usted una pateadura que va usted a volver a Cuenca en unas parihuelas.

HUGO.—Ya sé que es un bestia y que como padre y como actor hace muchos años que debía estar en presidio, pero no le temo. (Sanjuan se mete bruscamente las manos en los bolsillos de la americana y lanza un gruñido que corta al instante). Además que en cuanto yo le hable de «La Tibia del muerto», me lo gana.

SANJUAN.—(Ya lo creo que se lo va a ganar).

HUGO.—Porque esta obra comencé yo a hacerla en

chunga, pero me ha resultado una estupidez de tal naturaleza que no la colaboro con Angulo porque no me da la gana, pero se la leí y me dijo «Usted estrena esto y antes de un año forma usted parte del comité de autores dramáticos».

SANJUAN.—(Intrigado). ¿Habla usted en serio?

HUGO.—Como que mire usted: es una obra que lo reune todo: interés, emoción, trucos y humorismo. ¡Comienza con un interés!... Verá usted; antes de levantar el telón ya ha de estar la gente interesada, porque en cuanto apaguen la luz de la sala ¡Pum! suena dentro una descarga.

SANJUAN.—¿A telón corrido?

HUGO.—Sí señor. Claro, la gente piensa ¡caramba! ¿No asamos y ya pringamos? ¿Aun no se ha levantado el telón y ya están ahí pegando tiros? Y ¡pum! Otra descarga. (Sanjuan gruñe un poco). Y se levanta el telón y aparece un campo con unas chumberas y se ve a un personaje tumbado en el suelo con la escopeta aun humeante y a otro a su lado, de pie, que ¡pum! dispara otro tiro hacia la derecha. (Nuevos gruñidos de Sanjuan). Y dice el uno «¡Ah! ¡Por fin!» y añade el otro, «¿Ha muerto lor Klaiton?» —Sí: ya era hora. El capitán no tendrá hoy queja de nosotros—. Y entra el capitán y dice «Desde el castillo he oído unas descargas. ¿La habéis matado? —Sí: mirad: Hector trae su cadáver». — Y llega Hector con una liebre en la mano y diciendo: «Yo creo, señor Duque, que la hirió vuestra perdigonada». (Ríe). ¿Eh? La gente se tira una plancha... ¿Verdad? (Vuelve a reír).

SANJUAN.—(Gruñendo como una fiera y crujiéndose los huesos de los dedos en la forma que describió Primitiva). ¡Aggg!... (El actor puede dar una sensación exacta de estos crujidos valiéndose de esos chismecillos de latón que semejan una rana).

HUGO.—(Retrocediendo asustado al oír los crujidos y ver la actitud de Sanjuan). ¡Ay!... ¡Ay mi madre!

SANJUAN.—(Como antes y cortándole la retirada). (¡Este idiota!)

HUGO.—(¡Ay, que este tío es Sanjuan!).

SANJUAN.—¡Le voy a machacar a usted el cráneo!

HUGO.—¡Estese usted quieto, señor Sanjuan!

SANJUAN.—(Pegando un salto). ¿Pero sabía usted que yo era Sanjuan?

HUGO.—¡No!... ¡Sí!... ¡Ay!... ¡Estese usted quieto!

SANJUAN.—¿Pero me ha estado tomando el pelo uno de Cuenca? (Coje una silla para estrellársela).

PRIMITIVA.—(Entrando por el foro). ¡Papá!

SANJUAN.—¡Aparta!

HUGO.—(Sacando su revólver y apuntándole). Si da usted un solo paso le levanto la tapa de los sesos.

SANJUAN.—(Quitándole el revólver de un manotazo). ¡Te han de matar tus propias armas! (Apuntándole). ¡Reza el Credo!

HUGO.—(Cruzándose de brazos con una valentía y un estoicismo épico). ¡El credo no, porque es muy largo! ¡Morré pronunciando su nombre! ¡Sí! ¡Primitiva! ¡Primitiva! (Sanjuan dispara, Primitiva lanza un grito y Hugo cae como muerto exclamando trágicamente): Pri... mi... ti... va. (Procure el actor que la caída y la muerte sean dignas de un verdadero trágico).

PRIMITIVA.—¡¡Hugóóó!!

SANJUAN.—(Aterrado, examinando el revólver). ¡Carray! ¡Primitiva!

PRIMITIVA.—¡Padréééé!...

SANJUAN.—Pero niña. ¿No te dijo que estaba cargado sólo con pólvora?

PRIMITIVA.—(Boquiabierta). —¿Eh?

HUGO.—(Levantando la cabeza). Naturalmente. Si hubiera tenido balas hubiera yo rezado el credo y hasta un «Gloria Patri».

SANJUAN.—¡Señores con el de Cuenca! Me ha hecho usted gracia hombre.

HUGO.—Simpatiquillo que soy. ¿Verdad?

SANJUAN.—Le ofrezco a usted cuatro duros y el puesto de galán en mi compañía. ¿Le conviene?

HUGO.—Si además me casa usted con la niña...

SANJUAN.—Desde luego. ¿Hecho?

HUGO.—Hecho. (Le voy a terminar todas las comedias en el primer acto).

SANJUAN.—Esta es mi mano Sampedro.

HUGO.—Esta es mi mano, Sanjuan. (Cambian un apretón).

PRIMITIVA.—Y aquí el entremés termina: aplaudid... y perdonad.

TELON



CONCIERTOS SACROS



AMILIARIZARSE CON LAS OBRAS DE LOS polifonistas del siglo de oro de la música española, para disfrutar de sus bellezas, exige una preparación especial por parte del auditor y para quien haya de interpretarla disponer de un órgano apropiado para su difusión: un coro (que no sea un orfeón más), organismo

que no se improvisa, pues, reclutando una masa coral caótica que murmure en vez de cantar, compuesta de los más heterogéneos elementos, en que las diferentes cuerdas apenas si se distinguen con claridad, siendo la causa de que las ejecuciones resulten borrosas y monótonas por la falta de timbre y de color (más de espectáculo que artísticas), no es el medio más apropiado para dar a conocer nuestros clásicos de la música sagrada o profana del siglo XVI, que no puede apreciarse más que a través de interpretaciones perfectas, de ejecuciones cuidadas, de buenos conjuntos, en relación siempre con el estilo del género; labor paciente que sólo puede realizarse en la Escuela Nacional de Música Sacra que se trata de crear, misión laudable que se han propuesto los organizadores de los Conciertos Sacros que se han celebrado en el Teatro Real.

El P. Luis Inarrizaga, inteligente organizador y compositor de mérito, debiera de cuidarse más de la calidad que de la cantidad al organizar estos interesantes festivales, pues no se le escapará al perspicaz y entusiasta joven maestro, que faltando la base de un verdadero coro, se corre el riesgo de que fracasen estos conciertos en los que se interpreta una música de tan elevada altura espiritual.

Teniendo en cuenta los medios de que dispone el insigne autor de la *Missa Paschalis*, los dos conciertos que ha dirigido el preclaro sacerdote con la cooperación de la Orquesta Sinfónica, han tenido un interés artístico innegable, tanto por la importancia de las obras que componían los programas (algunas interpretadas el año pasado), cuanto por el partido que ha sabido sacar de ellas poniendo de relieve sus bellezas.

Victoria y Guerrero, dos nombres españoles gloriosos, que llegaron en su época al grado más alto en la expresión musical, acomodando el sentido práctico de la palabra a una música toda emoción y sentimiento, sirviéndose de una técnica de lo más avanzada de su tiempo, figuraban en estos conciertos con páginas de tan conmovedora ternura como la «Villanesca» y el «Madrigal», de Guerrero; los coros de la «Eterna

Canción», «Las Tinieblas del Calvario», «Pueblo ingrato», de «Los Improperios», de Victoria, en los que el sentimiento dramático y el interés descriptivo adquieren matices de sobrehumana inspiración. Entre otras obras interpretadas por el Coro Polifónico, compuesto de trescientas voces mixtas dignas de una mención especial, citaremos los Villancicos de Labiaga y Durango, de un carácter humorístico muy marcado no exento de interés contrapuntístico, descubierto por el P. Inarrizaga, en

una de sus afortunadas investigaciones en el archivo musical de la Catedral de Toledo, donde se conservan tesoros de inestimable valor; la Cantata y el Motete de Palestrina, dos joyas musicales de fama universal, el Himno a la Cruz, de Gomis, compositor español, célebre en el pasado siglo por sus obras teatrales y por la importancia que su nombre alcanzó en París y en Londres, donde vivió la mayor parte de su vida.

De autores españoles contemporáneos, el *Ave María* del excelente compositor Goicoechea, un coro de Busea y dos o tres obras de las más notables del P. Inarrizaga completaron los programas, más algunas obras de orquesta del repertorio corriente de la Filarmónica y otras de escaso interés.

La producción musical del P. Luis Inarrizaga, compositor bien documentado y de una cultura técnica, sólida y artística a la vez, se distingue por la nota grandilocuente y brillante; es un temperamento vigoroso que expresa sus sentimientos artístico-religiosos con una gran fuerza y majestad en el Gloria de la *Missa Paschalis*; suave y delicadamente, con acentos de ternura, en el poema coral para voces y orquesta, La Asunción, y en la hermosa Cántiga a la Virgen, delicada e impregnada de un sabor místico muy acusado.

Y aquí sería ocasión de hacer algunas observaciones sobre el espíritu religioso en las obras musicales, a propósito de ciertos procedimientos, que a muchos les parecerían impropios del espíritu que debe de informar la música sagrada, empleados por el P. Inarrizaga; pero darían a estas notas demasiada extensión.

Este compositor siente con más intensidad y expresa mejor (dicho de una manera general), lo grandioso que lo patético; es más inquieto que contemplativo; le gustan más la acción y el movimiento que lo plácido y suave, por esto acierta y conmueve con más intensidad cuando escribe páginas vibrantes del efecto de su Gloria, que en otras obras de carácter diverso.

ROGELIO VILLAR



El P. Inarrizaga, organizador y director de los Conciertos Sacros celebrados últimamente en el Teatro Real

La Electro-Mecánica Ibérica

Ascensores OTIS PIFRE
Calefacción - Maquinaria

Ronda de Atocha, 32-34 = MADRID

Florenxia
y Pilar, Hermanas

MODISTAS

ACUDEN A TOMAR
ENCARGOS A DOMICILIO



Zorrilla, núm. 31

Es el mejor sustitutivo del café



Malta ROYALIX

Bebida higiénica, refrescante y alimenticia

De venta en todos los establecimientos

Manuel García

FABRICANTE

Calabria, 67 BARCELONA Tel. 3105 A

Quesos = Mantecas = Comestibles finos

Rivas García

Peligros, 10-12 MADRID Teléfono 678

**ACCIDENTES NERVIOSOS
EPILEPSIAS**

Convulsiones, vértigos, temblores, desvanecimientos, agitación nocturna, insomnios, palpitaciones, migraña, pérdida de la memoria, asma, congestiones cerebrales y demás enfermedades nerviosas —
Venta: Barcelona, Farmacia del autor, calle Junqueras, número 11 — Madrid, Pérez Martín y Compañía, Martín y Durán, Francisco Casas, Sucesores de E. Steinfel, Centros de específicos y Farmacias

ELIXIR BERTRAN

ALIMENTOS VEGETARIANOS Y DE REGIMEN PARA SANOS Y ENFERMOS

CENTRO NATURISTA "VIGOR"

FABRICA Y ALMACENES Calle Masini, 90 (S) DE SPACHO Tatalgar, 5 Tel. 7993P BARCELONA

DEL ESTOMAGO VIENTRE DIBETICOS OBESOS ANEMICOS TU BERCULOSOS NEURASTENICOS ALBUMINURICOS, etc

REJERIA Y APARATOS DE LUZ

BIERROS DE ARTE

JULIO PASCUAL TOLEDO

FORJA Y CINCELADO

CASA FUNDADA EN 1860

Marabini

JOYERO

CARRERA DE SAN JERÓNIMO — TASADOR AUTORIZADO — MADRID

FÁBRICA DE ESPECIALIDADES DE PERFUMERÍA Y PRODUCTOS FARMACÉUTICOS

DENTIFRICOS ONYX
NO TIENEN RIVAL

LABORATORIO ONYX, S. A.
BARCELONA
Virgen de Gracia, 16 (S. G.)
Apartado de Correos, 549
Teléfono número 14058



RETRATO DE LA DUQUESA DE MONTELLANO, POR GOYA

(Galería del Palacio de Cervellón)



UNA LAGUNA DEL IDEARIO FEMENINO



ACE TIEMPO SE OCUPAN los sociólogos en allanar a la mujer los caminos de la vida social; en alumbrar nuevos matices de recursos económicos, al alcance de la mujer.

Esto es sin duda muy necesario. Hasta hace poco tiempo, en nuestro país, la mujer que, por su

posición social, y hasta por su educación, no podía ir a la fábrica, se veía reducida a desojarse desde la mañana a la noche, en las llamadas *labores femeninas*, para ganar unos céntimos de peseta: cantidad irrisoria para cubrir sus necesidades, y aun para ayudar a la mezquina pensión de una viuda o huérfana...

Nuestra sociedad parece haber considerado a la mujer como ser que ha de estar sustentado por otro; sea el padre, el marido... u otro varón, unido a ella por relaciones menos legítimas...

Por fortuna, esa concepción *moruna* se va arrumbando, en el orden de las ideas científicas. Poco a poco se mandará retirar también del distrito de las realidades sociales. Pero para que este desideratum llegue a ser un hecho, falta un elemento en que tal vez no se ha parado suficientemente la atención.

En vano se tienden rieles, si no hay *motor* que arrastre los trenes por ellos. Inútilmente se abrirían cauces, si faltara el agua que por ellos puede fluir... Y, a nuestro juicio, falta (si no totalmente, por lo menos grandemente) el motor que puede empujar a la mujer actual (hablamos sola o principalmente de España y de los países de nuestra raza en América); el resorte que puede moverla a correr por esas nuevas vías que se le abren.

El ser racional se mueve muchas veces por los

afectos sentimentales. Pero en definitiva se guía siempre por las *ideas*. Y en la mujer española falta generalmente la idea motriz que puede conducirla por esos nuevos caminos; la idea de que su *independencia económica* es posible y deseable.

No quiere esto decir que la mujer ignore comúnmente la significación del *dinero* en la vida. Antes al contrario; son cada día más frecuentes las mujeres *calculadoras*.

El *contigo pan y cebolla*, expresión poco romántica del ideal romántico femenino, va cediendo el sitio a otras concepciones, acaso más pulidas en la forma, pero sin duda menos poéticas, menos sentimentales, en el fondo.

En nuestra sociedad, donde toda aristocracia se va inclinando ante el *poderoso caballero don dinero*, la mujer, aunque de suyo más idealista, no ha podido sustraerse a la adoración, o por lo menos, al vasallaje del *vil metal*.

Pero ésta sea estima o llegue a idolatría, no se ha manifestado en las formas activas que van apareciendo en el sexo abusivamente llamado *fuerte*; sino en una especie de pasiva codicia, que apetece el dinero, pero lo espera de los mismos medios con que, en otras épocas menos industriales, se conquistaba el amor.

Y si toda codicia demasiada del dinero, abate el humano corazón y lo envilece; más incomparablemente produce estos efectos la avaricia, cuando busca la riqueza a precio de atractivos que no dió el Autor de la Naturaleza para eso, sino para otro fin más ideal.

Permitásenos una comparación, que no pretendemos llevar más allá de lo que consiente el respeto a las cosas sagradas.

Vender o dar por precio los objetos dedicados al

culto de Dios, es pecado repugnante de *simonía*, cuya malicia consiste en parangonar los dones sobrenaturales con los valores económicos.

En que el sacerdote necesitado, haga cestos y los venda, no hay torpeza especial; pues compara los cestos con el dinero; bienes todos de un mismo orden natural. Pero si *vendiera* sus oraciones, sus sacrificios o ministerios sagrados, cometería ese feo pecado, poniendo en una misma balanza lo divino y lo humano, lo transcendental y lo deleznable.

Pues, algo hay, semejante a esto en el amor, y los atractivos con que se conquista.

El Autor de la Naturaleza ha dado a la mujer esos atractivos para engendrar el afecto amoroso que forma la familia; el nido humano donde se desenvuelve la vida. Todo eso es algo *sagrado*, en una acepción amplia; pues se trata de medios y fines ordenados por Dios.

Cuando, pues, la mujer, usa esos medios, en orden a adquirir una posición económicamente sólida, comete cierto modo de *simonía*... sino queremos darle otro nombre más grosero, con que se designa la mera venta o arrendamiento de esas cosas por un precio vil.

Pero ¿cómo redimir a tantas bellas *simoníacas* que andan buscando el automóvil o la posición holgada, a fuerza de embellecerse o emperejilarse?

¿Cómo interrumpir ese monótono ritmo de tantas existencias femeninas, que oscilan entre el espejo y el balcón, entre la modista y el palco del teatro, entre los refinamientos del tocador, donde procuran hermosearse, y las exhibiciones del mundo elegante, donde buscan *licitador* de esas gracias?

¿Vamos a predicarles el *Beati pauperes*, y a encomiarles, con frases de San Juan Crisóstomo o de otros Padres, las *delicias* de la pobreza?

No reprendemos a los que así lo hacen, ni renunciamos a hacerlo, en otra ocasión. Pero ahora lo diferimos para fijarnos en otro aspecto del problema.

No se puede reprender en la mujer una honesta aspiración al desahogo económico, ni aún a la riqueza legítimamente adquirida y prudentemente poseída. Lo que se le debe afejar es, que *dispare contra el corazón apuntando al bolsillo*... Se le debe vituperar que espere siempre su bienestar del *estuerzo ajeno*. O mejor que afejar y vituperar; se le ha de infundir la *idea* y el *deseo* de su *independencia económica*.

Esta es la laguna que creemos advertir en el femenino ideario.

A más de uno de nuestros lectores habrá hecho saltar en la silla esta palabra: *independencia económica* de la mujer. El tal será tal vez excusable, por el abuso que se ha venido haciendo de la palabra inde-

pendencia, asimilándola a insurrección o rebellón. Pero aquí no se trata de nada de eso.

Nosotros, como buenos cristianos, y aún como hombres de seso, queremos a la mujer *dependiente* de su padre, mientras es hija de familia, y de su marido cuando casada. Tenemos muy presentes las palabras de San Pablo (a los de Efeso, V, 22). Estén las mujeres sujetas a sus maridos como al Señor; porque el marido es cabeza de la mujer, como Cristo es cabeza de la Iglesia: Y a los Colosenses (III 18) ¡Oh mujeres, sed súbditas de vuestros maridos, como conviene, en el Señor! Pero esa sujeción no excluye la independencia económica de la mujer. Fuera de que hay muchas mujeres que no están destinadas al estado del matrimonio, y necesitan esa misma independencia más urgentemente. Y hay mujeres innumerables que, o no se casarían, o no se malcasarían con quien no las merecía ni puede hacerlas felices, si gozaran de independencia económica.

Mas ¿por qué no la gozan? Porque actualmente, la mayor parte de ellas no concibe esa independencia sino en forma de herencia paterna o de apoyo marital.

En resumen; son hoy innumerables las mujeres que se casan para tener casa, o para ser amas de casa. Porque no les entra a tiempo en la cabeza, que hay otros muchos caminos más llanos y dignos para llegar a ese mismo término.

Los jóvenes que esperan de su matrimonio con una mujer rica esas ventajas, son, por fortuna, pocos, y deben ser considerados como viles.

Pero ¿por qué se juzga tan diferentemente cuando se trata de la mujer?

Si hemos de apuntar a la *igualdad espiritual* de ambos sexos, ya que a ella conducen el Catolicismo, el Cristianismo *completo* y la Ciencia social, hay que empezar por ahí. Hay que suplir esa laguna del ideario femenino, y reformar en consecuencia toda la educación de la mujer, sobre todo en las clases superiores de la sociedad.

Así como ha de desaparecer la especie *zángano humano*, que de tal se ha de calificar al joven rico, que pone toda su confianza en las talegas paternas, y vive inútil (y generalmente pernicioso) para la sociedad, se debería suprimir esotra especie de la *mujer juguete*, de la mujer bibelot; de la mujer *adorno de salón*... hasta que no quedara en el mundo sino lo que Dios creó en el Paraíso: la mujer *auxiliar del varón: Adjutorium simile*...

Claro está que esto requiere una verdadera revolución en la educación femenina.

Pero hay que empezar por ingerir esta idea en las cabezas femeniles, y en las directivas del movimiento feminista.

El cual se extravía por lutulentos andurriales, cuando tiene aquí ancha, espaciosa y llana, su vía natural.

Pero esta materia no se puede agotar en un artículo.

RAMÓN RUIZ AMADO, S. J.





CUENTOS SABIDOS, PUESTOS AHORA EN RIMA
Y SACADA LA MORALEJA

El prudente limosnero

*A un señor muy coruscante
— gabán de pieles magnífico,
gran cigarro con sortija
y en el dedo gran anillo—,*

*al bajar de su automóvil
en la puerta del casino,
con acento lastimero
pidió limosna un mendigo.*

— Caballero, déjeme algo:
mire que tengo diez hijos
y la mujer en la cama
con un parális gravísimo.

Ya hace, señor, cuatro días
que ninguno hemos comido
y no encuentro más trabajo
que esos trabajos que digo.

Deme usted una limosnita,
que Dios le ha de hacer más rico...
ande usted, déjeme algo
para que cenén mis niños—.

El señorón, impasible,
no le escuchaba al principio,
pero el pobre porfió tanto
que a sacar mendrugo vino.

Paróse el prócer en firme,
miró despacio al mendigo,
pareció que se ablandaba,
desabrochóse el abrigo

y, diciendo algo escamado:
"siempre será para vicios,"
de un portamonedas de oro
sacó al fin... un perro chico.

Yo, que presencié la escena
al cruzar por aquel sitio,
otra recordé que quiero
acoplar al cuentecillo.

Es un caso tragi-cómico
que, como no haya perdido
gracia al pasar por mi pluma
pienso que ha de divertirnos.

Cayóse un pobre albañil
que trabajaba en su oficio
desde un andamio colgado
al nivel de un cuarto piso.

Y fué milagro de Dios
patente y reconocido

que, cayendo de tan alto,
no se hiciera el hombre cisco.

Dos transeuntes piadosos
recogieron al caído
y en una taberna próxima
le introdujeron solícitos,

donde la vieja tendera,
con ademán compasivo
presentóle un vaso de agua
diciendo: — Beba un poquillo—.

El hombre, que era manchego,
exhalando un gran suspiro,
miró de través el vaso,
luego a la vieja y la dijo:

— Señora, agradezco el agua;
mas diga usted: ¿de qué piso
hay que caerse en Madrí
pa que le den a uno vino?

* * *

¿Qué cuita habrá que contarle
a aquel señor del casino
para que dé la peseta
que le sobra en el bolsillo?

No diré yo que aquel pobre,
al narrar sus maleficios,
no metiera de matute
el parális y algún hijo.

Mas ¡qué diablo! no vi nunca
a un senador vitalicio
inventando historias de esas
a la puerta del casino.

Entre tantos que mendigan
ya se yo que hay muchos vivos;
pero... ¡hay también cada muerto
entre los señores ricos!

ENRIQUE MENÉNDEZ PELAYO

(Dibujo de Echea)



REPIERE BALTASAR Porreño en su libro «Dichos y hechos del rey Felipe III», que estando aquel monarca asomado a uno de los balcones del antiguo Alcázar de Madrid, «espaciando la vista, observó que un estudiante, junto al río Manzanares, leía un libro; y de cuando en cuando inter-

rumpía la lección y se daba en la frente grandes palmadas, acompañadas de extraordinarios movimientos de placer y alegría; y dijo el Rey: «Aquel estudiante, o está fuera de sí, o lee la Historia de Don Quijote». Y luego se supo que la leía...»

Y Fray Bernardo de la Santa Madre, maestro de novicios de un convento de mercenarios de la villa de Archidona, cuenta en su libro «Passos e tránsitos», que una tarde, después de la siesta, «hallándose los novicios hasta el número de veinte y seis en una cuadra del convento, reían sin tino con grandes carcajadas; y pareciéndome la tal risa poco decente, en tal lugar y ocasión, entré a reprenderles. El mayor de los novicios me dijo: «Padre, si oyérais, también reíría su Paternidad que es sobre la voluntad dejar de reír». ¿Y qué puede ser la cosa que así embarga el ánimo y le deja sin bríos para mantenerse serio? —contesté. Y ellos me mostraron el Quijote de la Mancha. Y yo leí el capítulo segundo de la historia, y reí con los mozos, y no fuí quien para más los reprender». Esto sucedió en la cuaresma del año 1689.

De esta manera fué recibido el «Quijote» cuando apareció, con una carcajada universal. Era el libro de la risa. No se vió entonces en las aventuras del Hidalgo sino una burla genial de los grandes pensamientos y de las empresas bizarras. Por eso puede asegurarse que, en la evolución de la pública estima de esta obra, el comienzo fué el que corresponde a los donaires. Juzgose la invención de Cervantes como

un alarde maravilloso de buen humor, y a su héroe se le consideró como un *Loco risible*. Cuanto más altos eran sus pensamientos, más bufonescos parecían sus actos.

Y era preciso que así fuera. España vencía dondequiera. Andaban por las plazas, como corrientes ejemplos de la raza, los soldados de Pavía y de Lepanto. El valor y la fortuna parecían dones propios de los españoles, y no se concebía en aquel ambiente de triunfo que se acometiera un empeño sin que fuera logrado. Sólo un mentecato, un loco podría fracasar. A no haberlo sido Alonso Quijano, hubiera conquistado los imperios que soñaba, y su escudero habría sido Gobernador de ínsulas o de reinos de tierra firme, que lo fueron sin más méritos que Sancho Panza, muchos a quienes el favor de los Príncipes puso sobre alcáffas, almohadas y arambeles. Los pueblos vencedores no consideran al vencido sino como un subhombre, a quien falta algo definitivo en el alma.

EL HEROE DESGRACIADO

Y así llegó una era nueva. Empezó a haber en la soledad de los gabinetes y en el ruidoso concurso de las cámaras palatinas, y en la tristeza de los campamentos olvidados de la victoria, hombres doloridos, porque, habiendo puesto en sus trabajos lo mejor de su espíritu, retornaban de sus empresas con el escudo roto y el gonfalon despedazado. Ellos veían que su esfuerzo era merecedor de su fortuna. Si habían peleado con el mismo empuje que sus abuelos, ¿por qué no alcanzaban la suerte que ellos?... Es que era posible la derrota, es que no siempre se trueca en el campo de batalla el heroísmo por el triunfo, es que se puede ser héroe desgraciado.

Tal vez alguno de estos melancólicos desengañados quiso divertir sus desvelos con aquella historia que de mozo leyera, y que entonces le hacía reír sin tasa. Curiosa, mejor aún, emocionante revelación la que se produjo en el alma del lector. No, ya no había allí sólo risas. Había también lágrimas y duelos. «Yo me

parecía de risa —pensaría el nieto del mlite de Lepanto, al ver cómo Don Quijote era tan sandio que tomaba por gigantes los molinos de viento, y soltaba la carcajada al mirar cómo las aspas movidas del viento, arrojaban por los suelos al caballo y al caballero. ¿Por qué ahora no siento aquel júbilo, sino que la tristeza me invade?... Y tras largo meditar, en busca de la causa de una mudanza tan extraña en la condición del libro amado, acababa por comprender que el egoísmo de la victoria le había hecho despreciables a cuantos no se desposan con la suerte, olvidando que es esta hembra voltaria que se da a las veces al más vil, y que, acaso, busca la tienda de los cobardes furrieles y desdeña la de los capitanes valerosos.

Desde aquel día, el lector del «Quijote» supo que el noble propósito de libertar a los oprimidos es digno de aplauso, aunque vaya seguido de las pedradas de los galeotes, y que las andanzas del Caballero de la Triste Figura solo inspiran risa burlona al malvado.

EL MORALISTA

El paso de los siglos fué borrando de la vida la alegría, como lluvias y huracanes borran de los muros brillantes pinturas y delicados ornamentos. Por todas partes aparecía el dolor. Es que en el corazón de la humanidad se experimentaba un vacío. ¿Qué faltaba allí dentro? El sabio quería llenar ese hueco doloroso con la ciencia, y cuanto más ciencia atesoraba era el vacío más grande. Al descubrimiento de una ley de naturaleza, hasta entonces ignorada, seguía en las muchedumbres una nueva queja doliente. No era eso lo que podía ocupar el espacio negro que había en el ánimo. Era otra cosa lo que hacía falta. Una tarde, en Versalles, Bossuet dijo a los cortesanos de Rey magnífico: «Estáis tristes a pesar de tanta gloria como os rodea, porque no tenéis fe». Eso era lo que se había ido. El Renacimiento, removiendo la conciencia universal, había echado de ella a la misteriosa Señora de la dicha. No se creía en nada y el que no cree es «como cadáver que anda».

Los que en tal momento leyeron el «Quijote» encontraron en sus hojas más de acerbo que de alegre y cuando llegaron al fin de la historia y vieron cómo el ensueño de gloria se trocaba en estertor de muerte, sintieron en sus adentros una angustiosa pena. «Señores, dijo Don Quijote, vámonos poco a poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño: yo fui loco y ya soy cuerdo; fui Don Quijote de la Mancha y soy ahora, como he dicho, Alonso Quijano el Bueno; pueda con vuestras mercedes mi arrepentimiento, y mi verdad volverle a la estimación que de mí se tenía...». De una vida estruendosa y agitada, en la que todo fué reñir por el ideal, ambicionar la justicia, chocar con las miserables realidades, no quedaba ya sino un amarguísimo desengaño que ponía en lo futuro el vencimiento de la suprema aventura. De tal manera aquella vida era una lección moral, un espejo místico en el que la humanidad podía mirarse.

Fuó cuando Lessing escribió: «No riáis vosotros los que reís siempre al ver cómo se va a sus imposibles empresas el Hidalgo del lugar manchego. El sabe que debajo de esa risa que inspiran sus absurdos empeños, hay un fondo de dolor. Es más, hay un fondo de moral salvadora, porque quien hace lo que estima bueno aunque en ello pierda la vida, cumple la obli-

gación única de la conciencia. Hay unos batanes que golpean siempre sobre el corazón del hombre con sus poderosos martillos: ellos limpian de escoria y dejan no más que el metal puro. Eso es Don Quijote, un ejemplo de que la adversidad es el camino de la perfección.

Mirad cómo aquel libro que antes no fué sino estímulo de la risa, se ha trocado en acicate de la meditación mística. El va a enseñarnos cómo se vence de los Hechiceros que nos engañan y nos seducen. De este modo fué juzgado el libro cuando la humanidad meditó en su dolor.

EL REVOLUCIONARIO

Después de las dudas vino la afirmación. Era necesario romper el lazo y recobrar la libertad. Pesaba lo pretérito sobre los humanos como una montaña. Había que levantarla en vilo, aunque para ello fuese preciso volarla. Y fué volada.

Bien que ese impulso liberador fuese lícito, como al realizarle fueron destruídas, no sólo la montaña opresora, sino otras muchas cosas, los que antes se juzgaban esclavos, sintieron algún remordimiento. ¿No habrían cometido un crimen? Y alguna parte de los redimidos sintió miedo y echó de menos las cadenas. Otros, más animosos, o más culpables, buscaron justificación a su conducta y revolvieron los libros viejos para hallar en sus enseñanzas la teoría que ellos habían llevado a la práctica. Pero, ¿a qué buscar más, si tenían en el «Quijote» cuanto les era conveniente y apropiado? Si se demostraba que Cervantes había dicho lo que ellos hicieron, ¿quién les condenaría? Y fueron a copiar todo lo que les cuadró al intento. «Con la Iglesia hemos dado, Sancho —exclama Don Quijote al andar por las callejas del Toboso—. Y replicaba Sancho: «Ya lo veo, y plega a Dios que no demos con nuestra sepultura». «Aplicad esta frase —apunta el Abate Marchena— y sabréis si Cervantes no sentía sobre su alma la pesadumbre clerical». Va Sancho Panza camino de vuelta de su malaventurada insula, y se topa con Ricote el morisco y sus correligionarios, y oye cómo aquél refiere sus desventuras del destierro y dice que sólo en Alemania encontró acogida y tomó casa en Augusta para descansar de las persecuciones sufridas. «Pasé a Italia, llegué a Alemania, y allí me pareció que se podía vivir con más libertad, porque sus habitantes no miran en mirchas delicadezas; cada uno vive como quiere, porque en la mayor parte de ella se vive con libertad de conciencia». Ahora fué Rousseau quien dijo: «Es el «Quijote» el único libro laico de la edad clásica, el primero que, dentro de la vigilancia inquisitorial, se atrevió a poner en letra de molde la fórmula de la liberación».

Por este arte se convirtió para muchos el «Quijote» en una obra de propaganda revolucionaria. Un pseudo-erudito español, escogió doscientas siete frases que, según él, prueban que Cervantes fué enemigo de la religión católica apostólica romana. Constestóle Balmes: «Quebrando los conceptos se puede hallar en el símbolo de la Fe, la afirmación de la herejía. Pero quien lea la historia del héroe manchego, ni aún así conseguirá probar que hay en ella una sola conclusión herética, antes al contrario, todo es allí amor temeroso de Dios y de sus ministros e instituciones.



EL ESPAÑOL

En las modificaciones estéticas del juicio sobre el «Quijote», acaso no se ha formulado aquí aún la definitiva y concluyente, la que es natural, honda, intrínseca esencia de su naturaleza. Pero hay barruntos de que se acerca el día en que esa firmación sea establecida y sancionada.

El «Quijote» es el libro en que se contiene el pasado y el futuro de los españoles; y el Ingenioso Hidalgo es el español por excelencia, así cuando triunfa como cuando es derrotado, en la próspera y en la adversa fortuna.

El español que ha atravesado los longíncuos cam-

pos de la historia, acaso mal herido y con las ansias del morir, pero sin mancharse jamás de depravación, es Alonso Quijano, que llegó a su cita con la muerte —tal diríamos, la ya desencantada Dulcinea—, sin tener que arrepentirse de un solo acto vil.

Por eso el Pueblo Caballero se sintetiza en la figura moral del Caballero del Honor y del Infortunio.

Y así pueden decir el pueblo y su héroe, como Cervantes:

«Si mis heridas no resplandecen en los ojos de quien las mira, son estimadas a lo menos en la estimación de los que saben donde se cobraron».

J. ORTEGA MUNILLA

(Dibujos de Moya del Pino)





LA CUMBRE MÍSTICA

IX

LA FILOSOFÍA Y LA VIDA ② EL MAR DE HIELO Y EL MAR DE FUEGO ② LOS DOS
 PERPETUOS FANATISMOS ② LA VIDA ES UN CINEMATÓGRAFO ② DON FLORISOL DE
 ② ② ② NIQUEA ② «TODO ES NADA» ② ② ②



LA FLECHA QUE VUELA no se mueve, aseguraba Zenón; el movimiento es ilusorio. Todas las cosas, decía Parménides, se reducen al ser; el ser y el pensar es uno, absoluto, perfecto, sin origen ni destrucción, como un océano de hielo, inmóvil para siempre. El ser, contradecía Heráclito, es un océano de lumbres que nunca logra quietud. La vida es el

del espacio, de toda actividad, y el que se esparce, el que se arroja al *devenir*, al inmenso torrente de las cosas que son y que no son...

Sobre ambos términos, rara vez consecuentes y jamás solubles, se han fundado, como alcázares en la arena, esas grandiosas geometrías de la Razón, estilo Descartes y Espinosa, esas arquitecturas inflexibles, torres, no de marfil, sino de hierro, cuyos tipos más acabados e imponentes son la metafísica alemana y la cosmología inglesa, el panteísmo y el transformismo, Hegel y Darwin, el Pensamiento absoluto y la ley de la Evolución. Mitades hostiles de la realidad, acomodaciones violentas de la naturaleza y del espíritu a un sólo y radical aspecto de la vida, los dos sistemas concluyen por aniquilarse: el uno, con Schopenhauer, en el *nirvana*; el otro, con Spencer, en ese concepto puramente mecánico de la asociación, que diluye la libertad y la conciencia en el raudo oleaje de los fenómenos.

Al amanecer nuestro siglo, se emprende una nueva revisión de los valores intelectuales: en Francia, en Inglaterra, en Alemania, en América, surgen briosas las ideas pragmáticas, como una reacción espiritual contra los dos añejos errores: el idealismo absoluto y al realismo materialista. Pero en vez de adoptar una actitud conciliadora, que eligiese y armonizase la parte de verdad de todas las escuelas, como los pensadores católicos, vinieron a poner

movimiento sin fin; la flecha que vuela no se detiene jamás.

He aquí los dos fanatismos que, hace dos mil quinientos años, se disputan el cetro de la filosofía y la razón. Desde las extremadas conclusiones de aquellas viejas cosmologías, las de Elea y Jonia, hasta los últimos desarrollos del pensamiento germánico y francés, en pleno siglo xx, perduran irreductibles los dos términos antagónicos: lo absoluto y lo relativo, lo inmutable y lo fugaz; la vida estática y la vida dinámica; el mar congelado y el mar de fuego; la esfera inmóvil y la rueda vertiginosa; el idealismo y el mecanicismo; el que se aísla, «ebrio de ser», fuera del tiempo,

—Bergson, Le Roy, James, Schiller—, su más ardiente empeño en una de aquellas dos, en la que ve la realidad como un eterno fluir, como una infinita duración, como un movimiento continuo, incesante, inaccesible a la inteligencia y, por lo tanto, esencialmente ilógico, profundamente irracional.

En ese caos, en ese formidable torbellino, más hondo y ciego que la física lúgubre de antaño, se hunden a la par la ciencia y la metafísica, la experiencia y la razón. Siquiera el melancólico de Efeso erigía sobre el revuelto mar de lo incesante *algo perenne, algo inmóvil, necesidad o ley, armonía, pensamiento, Dios*: llorando la tristeza de las cosas que pasan y huyen para no volver nunca, se buscaba a sí mismo, con hambre de ser para siempre, y si se hubiera hallado, como Sócrates, seguramente hubiera dicho como el sublime escrutador del *nosce te ipsum*: No todo pasa, no todo huye, ni fenece; sobre el mundo triste de la *relatividad universal*, hay otro mundo que Heráclito no supo descubrir: este yo que piensa y desea, y el objeto puro de su pensar y su querer: la verdad, el amor...

—Amado Cratilo —decía Sócrates— he aquí una cuestión que se me representa muchas veces como un sueño: la belleza, el bien, la verdad y todas las cosas de esta clase ¿diremos que existen por sí o que no existen? Porque si lo bello, lo bueno y lo verdadero pasan y se transforman sin cesar y son ahora esto y después lo otro y distinto y, mientras hablamos, cambian y huyen, ¿cómo podrán existir si no son nunca de la misma suerte? Y si existen un sólo instante de igual modo, siendo las mismas cosas y conformes, ¿cómo podrán mudar y moverse y ser y no ser en esencia? No hay conocimiento posible si todo fluye sin reposo alguno, si nada subsiste y permanece. Porque si lo que llamamos conocimiento no se detiene nunca y aún las formas de este conocimiento son reemplazadas sin tregua, no habrá un objeto conocido ni siquiera un sujeto que conozca. Y si, por el contrario, lo que conoce existe y lo conocido existe también, si la belleza, el amor y la verdad subsisten y perduran, ¿qué relación pueden tener esas cosas con el flujo y el movimiento de las sensibles y materiales.

—Todo se derrumba, a mí parecer —añade el divino Platón en el *Sofista*—, lo mismo en el sistema que supone plural el universo y eternamente móvil, fugitivo, como en aquel que lo reduce a la unidad absoluta y lo condena a congelada quietud. Si el pensamiento está inmóvil ¿qué podrá conocer? Y si no hay estabilidad alguna ¿se concibe que nadie pueda permanecer en sí ni en sus relaciones con los demás seres? Forzoso es combatir con todas las armas *al que destruyendo la ciencia y la razón pretende aún afirmar alguna cosa de ninguna cosa*. El verdadero filósofo es menester que imite a los niños en su santa curiosidad; que conozca esto y aquello, lo único y lo múltiple, lo finito y lo infinito, el ser y el todo, la actividad y la quietud.

He aquí la expresión sintética de la verdad, perfeccionada después por Aristóteles, engrandecida por la Escuela, noble y armonioso edificio, si no perfecto, pues nada hay tal en obra humana, el más sólido y firme, pues apoya a la vez la inteligencia y sus elaboraciones ideales, en la intuición subjetiva y en la objetiva; en las dos experiencias, la interior y la exterior; en las dos realidades, la naturaleza y el espíritu, alzándole majestuosamente, con alas arcangélicas, de lo sensible a lo intelectual y a lo divino, de lo fugaz a lo inmutable, de la muchedumbre a la unidad, de lo contingente, relativo y pasajero al Ser absoluto y necesario, causa primera, origen y fin de todos los seres y las cosas...

Ni la realidad es *toda* cambio y mudanza, ni el pensamiento es *toda* inmovilidad. Porque una de dos: o el pensamiento es la negación de la vida (*pienso, luego no existo*, había que decir) y *toda* inteligencia es algo fuera de *toda* realidad, o ya hay una parte de la realidad estable y permanente. La vida interior, como la vida exterior, fluye, a la manera de un río, en móviles y fugitivas ondas, pero dentro de un álveo. Las ondas corren, pero el álveo queda. El agua es río por la madre; sin ella es agua nada más. Las cosas duran y se mueren, pero la duración y el movimiento son puras abstracciones de las cosas, cualidades suyas, como la inercia y la quietud. Las ideas, las emociones, los deseos, fluyen también como un torrente, de nuestro mundo subjetivo, harto más hermoso y fugaz que el objetivo, mas sobre el cauce indestructible de la conciencia, en lo profundo de este yo que sobrepaja al espacio y al tiempo, aunque en el tiempo y en el espacio, mientras en ellos yazga, considere y mida por sucesiones y extensiones, por conceptos lógicos, los materiales más sutiles de elaboración intelectual.

Toda existencia es *algo* razonable; *toda* razón es *algo* existente. Hay un fondo real en *toda* pensamiento, como hay en *toda* realidad un fondo de razón. Sin un ser fijo y estable no se concibe el movimiento; sin una actividad y una duración no se concibe el ser. El movimiento acusa un móvil, la duración algo que dura, la cualidad una cosa, la cantidad una materia, el acto una virtud, el efecto una causa, la tendencia un fin, la evolución una ley, la ley un orden permanente. Pero lo permanente y lo mudable, la muchedumbre y la unidad, el ser y su evolución, se hallan unidos y conformes tanto en la realidad de las cosas como en la realidad de la conciencia, en el espejo puro de la razón, a cuya merced el universo nos revela un orden, la vida un sentido inteligible, las cosas un fondo substancial, en vez de reducirse *toda* a *nada*, la creación al caos, el mundo a un torbellino ciego, la existencia al discurso de un idiota, la realidad a un vórtice de imágenes, a un colosal cinematógrafo, según el símil pragmatista, o, más propiamente, a las oscuras percepciones del animal, entregado al instinto (suprema aspiración de algunos filósofos de ahora), perpetuo esclavo de la experiencia física.

Realmente no se concibe que quienes *piensan* así, quienes destruyen la razón y la ciencia, se empeñen aún en *afirmar alguna cosa de ninguna cosa*. Es mucho más comportable la actitud del escéptico, el *ignorabimus* del que pierde la fe de su razón, que la postura paradójica del que se pone a plagiar los alambicados discursos de *Don Florisel de Niquea* y enflaquece su juicio, como aquel desatinado caballero, a fuerza de razonar la sinrazón de la razón humana. Los que tan lindamente se estrujan el meollo a fin de probar que para nada sirve; los que pregonan con tanto lujo de razones la estupidez de la razón, se asemejan al prócer arruinado que finge lo que no tiene o, mejor aún al cínico mordaz que reniega y maldice a su anfitrión para ir a sentarse todos los días a su mesa...

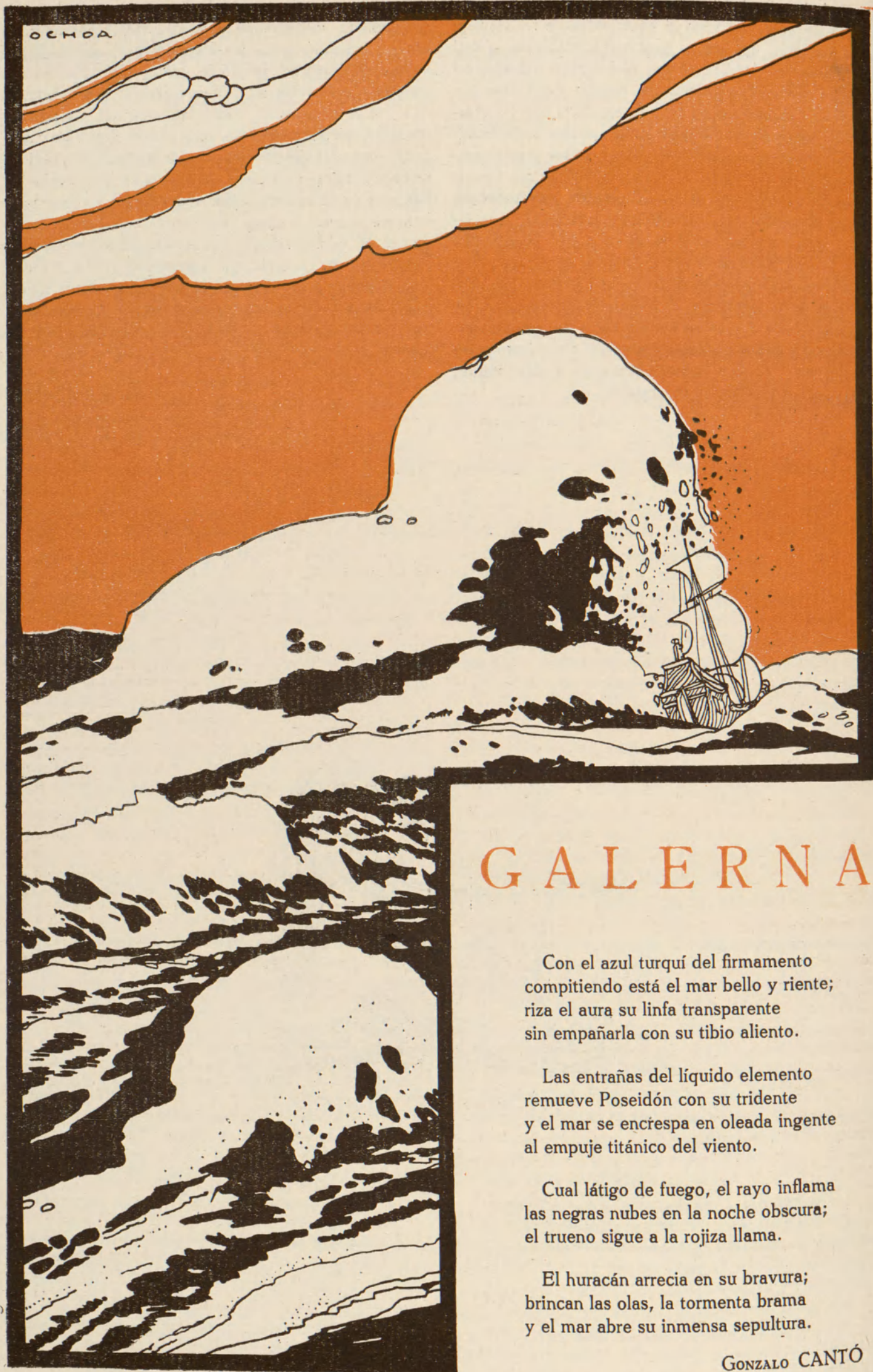
Y es que los tales filósofos piensan y se conducen a espaldas de la realidad y la vida, aunque no suelten de la boca las palabras vida y realidad. Sepultada la tradición aristotélica, el noble idealismo realista de las escuelas cristianas y españolas bajo los aluviones del Renacimiento y de la Revolución, se alzaron, en nombre de la razón y de la libertad, esos fanáticos sistemas, esas filosofías de esclavitud que, a partir del movimiento cartesiano y, sobre todo, de Hume y Kant, dieron en la flor de recluir al hombre en la caverna de sí mismo, donde toda ilusión tiene su asiento, y suponer incompatibles, herméticos, incommunicables,

el mundo interior de la conciencia y el mundo de las realidades exteriores. En vano la experiencia, la realidad, el sol, la luna, las estrellas, el mar, los hombres, todos los seres y las cosas, son algo más que *ideas y fenómenos* subjetivos sin realidad alguna fuera de nosotros; que los objetos de nuestro amor y nuestra dicha, padres, mujeres, hijos, hermanos de la sangre o del alma, no son precisamente sombras ni sueños ni quimeras, fantásticas representaciones del espíritu; que el mundo exterior, con todas sus formas, sus cualidades, sus colores y armonías, la materia, el tiempo y el espacio, lejos de ser puros conceptos lógicos, fabricaciones de la mente humana, son cosas verdaderas y rotundas que percibimos todos por igual, que existen fuera de nosotros, con existencia propia, y existirían igualmente, por sí y en sí, aunque todos los hombres fuesen ciegos y sordos y perdiesen el juicio, y creyeran, como aquellos tales, que la percepción directa de la vida exterior, de la realidad objetiva, es un absurdo...

Tan fuertes raíces tiene en la filosofía de ahora la extraña locura del subjetivismo, que apenas hay pensador, de los que llaman independientes y modernos, que no juzgue incultura o disparate, propio de gente rancia y antañona, creer que conocemos algo fuera de nosotros y ni siquiera de nosotros mismos. Y a tal punto sentencian y repiten: *los seres son impenetrables, todo es incognoscible y subjetivo*, que para romper el muro de bronce, para abrir la cárcel de hierro, para crear una nueva metafísica, no hallan cosa mejor que ese «empirismo radical» y vergonzante con que Bergson y James repulsan la inteligencia, excluyen el ser, y los sustituyen por esas lindas logomaquias de *intuición pura, conciencia y experiencia puras, duración y movimiento puros*, que son al cabo puras abstracciones, *misticismos irracionales, conceptos vacíos*, los más falsos, artificiosos y estériles de cuantos pudo concebir una razón suicida.

RICARDO LEON





GALERNA

Con el azul turquí del firmamento
compitiendo está el mar bello y riente;
riza el aura su linfa transparente
sin empañarla con su tibio aliento.

Las entrañas del líquido elemento
remueve Poseidón con su tridente
y el mar se encrésa en oleada ingente
al empuje titánico del viento.

Cual látigo de fuego, el rayo inflama
las negras nubes en la noche oscura;
el trueno sigue a la rojiza llama.

El huracán arrecia en su bravura;
brincan las olas, la tormenta brama
y el mar abre su inmensa sepultura.

GONZALO CANTÓ

(Dibujo de Ochoa)



INDUMENTARIA ESPAÑOLA

EL TRAJE DE LOS NIÑOS

EPOCA PREHISTÓRICA COLONIAS GRIEGAS DOMINACIÓN ROMANA PRI-
MERS CRISTIANOS LOS MOZÁRABES



ARA PRESENTARME A los lectores de VOLUNTAD me acojo a vosotros, queridos niños, puesto que sois mi preocupación constante y todos mis amores, dedicándoos este mi primer artículo indumentario, ganoso de despertar vuestra curiosidad, y haceros fijar en cómo vistieron otros muchos infantiles seres en remotas edades, y en los primeros tiempos de nuestra Sacrosanta Religión Cristiana, y cuando invadida España por los musulmanes necesitó del viril esfuerzo de todos para defenderla y reconquistarla, haciéndoles crecer fuertes y vigorosos, para llevar a cabo con recio empuje y luchas heroicas, tantos hechos gloriosos como habréis visto consignados en vuestros compendios de Historia.

Era, además, propósito firme en mí, desde que comencé a documentarme y a investigar en este estudio tan sugestivo y atrayente, el que para vosotros habían de ser las primicias de tanto como de ello puede escribirse, y el procurar haceros agradable la aridez ingénita de estas someras descripciones, al darlas comienzo desde los nebulosos y discutidos tiempos prehistóricos, en los cuales, por los vestigios encontrados en cavernas y dólmenes, se sabe que las primitivas vestiduras fueron las pieles, y más tarde los tejidos de esparto en las regiones del mediodía, para suplantar con muchísimas ventajas a las que hacían aprovechar las fibras musculares de los animales que sacrificaban, arrancándolas [una a una, y rollándolas en juncos para hacerlas más flexibles y poderlas tóscamente entrelazar, hasta que encontraron el medio de hilar la lana de sus ganados, colocándola en la parte alta de un palo, y utilizando como huso, cualquier pedazo de madera un poco redondeado, embrión rudimentario de la veneranda y secular rueca, tejiendo unos grandes trozos de tela burda, que cortada al doble de tamaño del hombro a la mitad de la pierna, y haciéndola un agujero en medio para pasar la cabeza plegándola después a la cintura con un trozo de cuero, constituyó

el *Sagun* de los primeros españoles, y el primer vestido de aquellas desgrefiadas niñas que se adornaban con las irisadas caracolas encontradas a la orilla del mar agujerándolas para hacerse con ellas lindos collares, mientras sus hermanos, según añejas tradiciones recogidas por viajeros de tiempos más posteriores, se ejercitaban con la honda en afinar su puntería, pues hasta que derribaban con la piedra la frugal vianda que colgaban de un *hito*, no les permitían comerla.

Yo os contaría también cómo fueron los vistosos trajes algo complicados de los Fenicios, que podéis ver en las interesantes estatuillas encontradas en el Cerro de los Santos (Albacete), y os diría que en su afición al color rojo, debían ser todos reunidos de un efecto fantástico, con los aleteantes pliegues de sus velos y el hermoso contraste de sus rostros morenos y su pelo negro, apenas cubierto con las caperuzas de este intenso color, de forma parecida a los *Cidarys* de fieltro con aplicaciones y adornos de tantas y tan diversas formas.

Con el encanto que todo artista siente al recordar la civilización y el arte perfecto de la Grecia, debería detenerme en describiros los trajes de los griegos Fócicos (1), que en los siglos VII y VI antes de Jesucristo, colonizaron las costas de Levante y la Turdetania, los que lograron unir los matices más sutiles en combinaciones rítmicas e infinitas, amalgamando los tonos más distintos en un acorde intensamente bello; los preciosos tocados de pequeños trozos de tela de vivos colores, llamados *Kekrifalos* por los Atenenses, con que sujetaban sus cabellos, y los lindos *Xitones* de las niñas, de finos tejidos de Laconia y Amicles, de un vivo color rojo anaranjado o de telas procedentes de Sparta, de coloraciones tenues, amarillo, verde muy claro y blanco, con bordadas palmetas; librando del polvo o el barro los rosados pies con preciosas sandalias llamadas *soleas* de gruesas suelas de corcho, forradas exteriormente de cuero coloreado o tela, siguiendo exactamente su contorno, sujetándolas con cintas del color del Xiton, que aprisionaban con breve lazo al tobillo.

Los niños usaban xitones muy cortos, llevaban siempre

(1) La Fócida, región montañosa que rodeaba la Beocia tocando, como ésta, los dos mares; en el de Eubea, por Dainos, y en el golfo de Corinto, por Cirra, donde comenzaba la vía de los peregrinos al templo de Apolo.—Dury, «Historia de los Griegos», 7-1, pág. 7.

la cabeza descubierta, y a veces calzaban en las grandes fiestas el *Phoecasion* de fina piel blanca, que les llegaba por debajo de las rodillas, y se ceñía por delante con cordones, cuya forma puede estudiarse en un bajo relieve del Museo del Louvre que representa a Atíope y Amphión.

Los Romanos impusieron en España sus trajes y sus costumbres, durante los seiscientos diez años de su dominación, y, por lo tanto, los niños vistieron la *Alicata chlamys*, hasta los doce años, cambiándola entonces por la *toga pre-texta*, orlada de púrpura, que conservaban hasta llegar a edad juvenil, siendo esto motivo de gran fiesta y regocijo en las familias, que celebraban con una espléndida comida en el *Triclinium*, a la que se convidaba a parientes y amigos para que presenciaran la ceremonia de quitarle esta toga y la bola de oro que pendiente de una cadena había llevado hasta entonces como amuleto, para ponerle la toga *Virillis* de lana blanca, distintivo de los hombres, siendo después acompañado por todos para hacer la presentación del *Tyronis, novicio*, en un lucido cortejo del que formaban también parte los domésticos y hasta los más humildes servidores.

Las niñas se engalanaban con largas *túnicas manicatas*, y en vez de la *Palla*, o sea el manto de diversos colores y de tejidos riquísimos de sus madres, usaban unos de color blanco, hasta que en sus bodas se cubrían con el largo velo de color de fuego sobre la corona de verbena, que había de ser cortada de los jardines por ellas mismas el día anterior.

Siguiendo las mujeres españolas, con arrobamientos inefables, las doctrinas del Apóstol San Pablo y el glorioso Santiago, extendidas y propagadas por sus discípulos en las regiones Tarraconense y Carpetana, y sin temor a las persecuciones ni a los castigos y el martirio, que arrostraron tranquilas como preclaras descendientes de las heroicas celtiberas y lusitanas, adoptaron para ellas y sus hijos humildes y sencillos trajes, compuestos de una ancha túnica llamada *Colobium*, cubriendo sus cabezas para ir a orar, con el velo llamado *mafors* o *maforte*, protestando de ese modo valientemente de las impudicias y desnudeces de las mujeres paganas.

A pesar del trágico avance de los feroces Suevos y Alanos y de su dominio en nuestra patria, esas valerosas mujeres siguieron vistiendo de igual modo, desdeñando la nueva indumentaria visigoda, y sólo cuando Recaredo abjuró del arrianismo en aquel memorable tercer Concilio de Toledo celebrado en el año 580, la devota vestimenta de las mujeres y los niños cristianos se vió alterada por el vestir fastuoso de las esposas de los Optimates Godos, disculpado por ofrendarlo al mayor esplendor de las grandes solemnidades del culto, a imitación de las celebradas en Bizancio.

San Isidoro, Obispo de Sevilla, en sus *Etimologías* (1) escritas en el siglo VII, da interesantísimas noticias de estos lujosos trajes, en los cuales el ornamento principal y más rico era una especie de pectoral de forma parecida a las usadas por los Egipcios y Fenicios, profusamente adornado con piedras preciosas y chantones, que las cubría los hombros y descendía por delante hasta la fimbria de su tú-

nica, en la que bordaban, como en los mantos, con aljofar seda y oro, el anagrama de XPSTOS (Cristo); la azucena, símbolo de la Santísima Virgen, la paloma, y otros emblemas sagrados, conduciendo al Templo a sus hijos, vistiendo los niños preciosas túnicas llamadas *rusatas*, por sus tonalidades grana, y las de las niñas *hiacintas* del color del jacinto, de ricos tejidos *holoséricos* o de *dissina*, lino, o *fibrina*, tela de lana.

Poco duró en España aquel resurgir del fastuoso lujo; la devastadora invasión agarena, que con violento empuje destruyó y arrasó todo cuanto encontró a su paso, dejó a innumerables familias sin hogar y en poder de sus opresores, teniendo que someterse a ominosas leyes, para poder en lugares extremos de las ciudades seguir viviendo reunidos, y conservar el culto y sus prácticas religiosas; destacándose en aquellos primeros siglos de luchas heroicas y continuos sobresaltos, entre todas las sufridas y santas mujeres mozárabes, las zaragozanas, que con indómito valor, alentada su entereza y su fe por el Obispo D. Pedro de Librana, defendieron y cuidaron aquella capillita de universal renombre, donde se veneraba la milagrosa imagen de Nuestra Señora del Pilar, hasta que cumpliendo su promesa el gran Rey Aragonés, Alfonso I el Batallador, en Diciembre de 1118, fué a postrarse ante ella ofreciéndole su espada vencedora, seguido de sus caballeros y de las invencibles huestes de Almogábares y Navarros, al hacer su victoriosa entrada en la histórica ciudad, después de haberla reconquistado a la morisma.

Las sufridas mozárabes, con firme voluntad y admirable tesón jamás domeñado, lograron durante la larga dominación que en muchas regiones con tanta resignación soportaron, defender sus derechos contra las asechanzas de los infieles, y hasta conseguir endulzar un tanto las afrentosas condiciones por ellos impuestas, llegando a alcanzar con su perseverancia, más libertad para sus prácticas religiosas, y hasta el serles permitido en días solemnes, el sacar en procesión, a la indecisa luz del alba, por las estrechas y lóbregas calles, a causa del gran tamaño de los aleros voladizos y las escaleras exteriores en las fachadas de la casas, las imágenes sagradas, conducidas con solemne reco-

gimiento en toscas andas adornadas de flores, entre dos largas filas de creyentes, a las que seguía la venerable figura del Obispo, rodeado de Diáconos y Subdiáconos, todos con candelas amarillas encendidas, ocupando el centro del piadoso cortejo, las niñas cubiertas con el velo transparente de las primeras cristianas, vestidas como los niños, de túnicas blancas de manga larga y estrecha que casi las cubría las manos cruzadas sobre el pecho, llevando otros palmas y ramas floridas, y entonando quedamente con sus dulces voces los melódicos cantos de su Rito, contestados como blando murmullo por los fieles, dando así mayor misterio a la religiosa salmodia, reprimida por el terror e impregnada de melancólica ternura.

De la labor constante de aquellas santas mujeres, dan idea perfecta en sus escritos, Almacart, el presbítero Leovigildo, Paolo Albar Cordobés y San Eulogio, que en la vida de Santa Andrea refiere llegaron los cristianos a gozar de grandes tolerancias, puesto que los parientes de la Santa la encontraron en la ciudad entre musulmanas con su velo de religiosa; y en diversos pasajes consigna, no impedían a los clérigos el ir por todas partes ostentando sus distintivos sagrados.

JUAN COMBA



Ménsula de la capilla antigua del palacio arzobispal de Santiago

(1) Cap. V del libro XVIII.





COMEDIANAS · EL · SIGLO · DE · ORO · LA · AMARILIS ·

G. Vera



EL BRUDITO CARAMUEL escribió las siguientes frases, que vienen a ser un resumen del encanto artístico de la actriz española de quien vamos a ocuparnos.

«Floreció entre las comediantas la Amarilis la cual era *prodigiosa* en su profesión. Recitaba, cantaba, tañía, bailaba y en fin no hacía cosa que no mereciese públicos aplausos y alabanzas.»

Por lo regular, de los antiguos artistas de la escena poco se sabe. Idolos de su tiempo, dejan al morir una estela gloriosa que poco a poco se va borrando. El escritor, al desaparecer de la tierra palpita en sus obras y lega la memoria de lo que fué y supo hacer. El pintor prolonga su

existencia en la grandeza de sus cuadros. Y lo mismo el escultor y el músico. Mas el acto solo alienta en la memoria de sus contemporáneos y por ello la fama que en vida le aclamó, acaba por condenar al olvido el recuerdo de aquellos méritos tan efímeros.

María de Córdoba fué la comedianta que a pesar de vivir en un siglo en que tan notables hubo, como la Riquelme, la Jusepa Vaca, la Luisa Robles, la Acuña, la Calderona, la Camacho, la Coronel, la Reina, la Granados y tantas otras, a todas las venció. Y no obstante su nombre es desconocido para la generalidad.

Fueron sus padres dos faranduleros de poco renombre. Manuel Martínez e Isabel de Córdoba. El primero llegó a la categoría de autor, o director de compañía, siéndolo en 1619. En una escritura de 13 de Mayo de 1621 aparece el padre de María de Córdoba no como representante, sino

como alquilador de hatos y más tarde en 1628, en unión de Luis Monzón, Pedro de Avila y otros, se comprometía a organizar danzas para las fiestas Eucarísticas de la Corte. No obstante la fortuna no debió serle muy adversa cuando logró adquirir unas casas en la calle de los Negros de Madrid, que le vendió Bartolomé Salcedo.

María tuvo una hermana llamada Sebastiana que casó con Luis de Toledo, antes de 1632.

Joven, casi una niña, debió comenzar su peregrinación artística, por pueblos de escaso vecindario, María de Córdoba.

Casó con un compañero de la farsa llamado Andrés de la Vega, que escribía versos y que dió a la escena una comedia llamada de *San Carlos*, cuyo manuscrito se conserva en la Biblioteca Nacional.

En 23 de Noviembre de 1620 se encontraban ya casados, pues así lo declararon al comparecer ante el Escribano Hernando Rodríguez para obligarse a trabajar en la compañía de Tomás Fernández Cabredo, percibiendo 14 reales de ración y 36 cada vez que representasen, mas 600 reales el día del Corpus de 1621 y cuatro caballerías para los viajes.

Con dicho autor debieron seguir hasta el verano de 1624 en que el Rey Felipe IV visitó Córdoba, Sevilla, Málaga, Granada y otras poblaciones de Andalucía. En esa época Fernández Cabredo se presentó en Sevilla y llevaba como primera dama a María de Córdoba. La comedia que debió representar ante el Rey y su corte se cree fué la titulada *Los jardines y Campos sabeos*, de Doña Feliciana Enríquez de Guzmán, notable por sus aventuras y de la que dijo Lope de Vega:

*Mintiendo su nombre
y transformada en hombre
oyó Filosofía etc.*

Aun estaba la Córdoba en Sevilla cuando llegó el Corpus, representando los Autos *La Sinagoga*, de Claramonte, y el *Pastor bobo*, atribuido por unos a Lope y por otros a Mira de Amescua. De la ciudad de la Giralda pasó Vega con sus representantes a otras poblaciones andaluzas y luego a Murcia, regresando a Madrid en 1625, fecha en que elevó una exposición al Ayuntamiento lamentándose de que después de haber tomado parte en dos fiestas Eucarísticas, en la corte, se las quitasen aquel año pretextando no tener compañía suficiente, cuando era la mejor de España, habiendo hecho grandes gastos y venido de la ciudad de Murcia con ese solo objeto.

No se le olvidó en 1626 y en 30 de Marzo, D. Pedro de Tapia, del Consejo de S. M., el Corregidor D. Francisco de Brizuch y Cárdenas y los Regidores D. Francisco Enríquez y D. Antonio de Monroy escribieron a Vega con la condición de que había de buscar otro gracioso más y le anticiparon 300 ducados. El otro autor elegido fué Cristóbal de Avendaño.

Por este tiempo María de Córdoba, a quien ya se conocía por la *Bella Amarilis*, representó en el Palacio de Aranjuez ante Felipe IV *Los hechos privilegiados*, de Ruiz de Alarcón, y más tarde en el Real Palacio de Madrid *Las paredes oyen*, del mismo poeta. Estuvo admirable en el papel de Doña Ana, teniendo por compañeras a María de Victoria y Dorotea Sierra y de ellos a Damián Arias Peñafiel, Gabriel Cintor, Bernardo de Bobadilla, Pedro Villegas y otros de menos nombre.

También hizo la Amarilis los autos en Madrid los años siguientes y en los de 1628 compitió con la famosa *Calderona*, protegida del Soberano y madre que fué de Don Juan de Austria y con la gentil Antonia Granados, conocida por la *Divina Antandra*.

Hablando de estos Autos escribía el «Fénix de los Ingenios» al Duque de Sessa.

«Los Autos de la fiesta se han hecho este año entre cuatro poetas y me ha cabido el uno. *Amarilis* y la *Caldero-*

na se han hecho dos vestidos para competir con Antonueta. Costaron dos mil ducados y dice que ella no se rinde, etc...

No trabajó en las fiestas de 1629; pero consta que se la reclamó en el año siguiente trasladándose luego a Valencia. Volvió para el Corpus de 1631.

En los años sucesivos con frecuencia se exhibía en Madrid, suponiendo debía estar separada de su esposo, pues no figuraba en las listas que aquel presentó a los Comisarios solicitando representar los Autos. Esta separación la hemos visto confirmada en un poder que María de Córdoba otorgó a favor de Mateo Tendero, vecino de León, para que en su nombre pudiera parecer ante el Obispo de la dicha ciudad y reclamase traslado de la sentencia dada en el pleito matrimonial que tuvo con Andrés de la Vega, su marido, en el año 1627.

Mas el divorcio no se dictó y los cónyuges hicieron las amistades, pues en 1644 hallábanse reunidos.

Las dimensiones de este artículo nos impiden ocuparnos con detalles de los corrales de comedias en que después de 1631 trabajó la «Bella Amarilis».

Esta se la conoció también con el nombre de la *Gran Sultana*, a causa de haber aceptado ciertos riquísimos tapices que le regaló el Duque de Osuna, D. Pedro Téllez Girón, procedentes del Gran Sultán de Constantinopla, lo que dió lugar a que andasen sueltas las lenguas maldicientes, según referencias de Sánchez de Arjona.

La casa de la calle del León donde la «Amarilis» habitaba, era un centro de la aristocracia alegre, concurriendo allí los Duques de Pastrana y Feria, los Condes de Olivares y Saldaña y los Marqueses de Alcañices y Peñafiel. Los ingenios de aquel reinado de la galantería manejaron bien los incensarios en honor de la hermosa madrileña. El mismo Quevedo no pudo menos de dedicarle un romance, utilizando títulos y propiedades de la andante caballería.

Comienza así:

*La belleza de aventura,
aquella belleza andante,
la cabellera de Febo,
toda rayos y celajes,
lejos de la ardiente espada
oves mira con dos Roldanes,
Don Rosicler sus mejillas,
Don Florisel su semblante,
Doña Nueva de la Fama
si dejan que se desate,
y en soltando sus facciones
allá van los Doce Pares.*

*La que en un golpe de vista
no hay gigantón que no parte
pensamiento que no ruede,
espíritu que no encante.
La que deshace los tuertos
y la que los ciegos hace,
siendo de Cupido y Venus
epílogo de hijo y madre.
Para quien son las pasiones
Fieragiles, Fierabrases,
Amadís para ninguno,
para todos Durandarte.*

El poeta Conde de Villamediana, desairado a lo que parece por «Amarilis», no la perdonó nunca y le escribió un sangriento Romance que, como dice Pellicer, recuerda la venganza que el poeta Horacio tomó de la vieja Lice, que cuando moza le dió tormento.

María de Córdoba, en sus últimos años, se dedicó al alquiler de vestidos para los comediantes, como lo demuestran varias escrituras que son curiosas; pues en una de ellas (27 de Mayo 1651) cobraba de un vecino de Trujeque por las ropas que alquiló para las fiestas del Corpus, 450 reales y un *pernil de tocino*. Ya este año era viuda la comedianta alquiladora.

Bastante anciana hizo su testamento en Madrid en 16 de Febrero de 1678, revocando otro que hizo en 27 de Diciembre de 1677. En este documento declara ser nacida en Madrid, los nombres y naturaleza de sus padres y deja por heredero de sus bienes a su sobrino D. Antonio de Toledo y Llespes.

Debió fallecer pocos días después. La fecha de su muerte coincide con la que se indica en el Manuscrito *Genealogía de Comediantes*.

NARCISO DIAZ DE ESCOVAR

(Dibujo de Vera)



